

ENTREVISTA AL COLECTIVO SITUACIONES^[1]

Revista Espacios de Reflexión, de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires. Diciembre de 2002

Queríamos hacer una aclaración antes de responder la primer pregunta. Para nosotros es complicado trabajar en el género “entrevista” porque como Colectivo que somos, tenemos que discutir todo antes de responder, y pueden imaginar ustedes el trabajo que significa esto. Por eso, intentamos reducir las respuestas a aquellas cuestiones que realmente tenemos pensadas, aquellas cosas sobre las que efectivamente venimos trabajando y disminuir así el campo posible de la opinión (que es, claro, infinito). Esto por un lado. Pero hay algo más: el Colectivo mismo no es algo que consista fuera del trabajo que realiza. La labor que nos reúne es la “investigación militante” (que es algo muy diferente del investigador académico, el intelectual consagrado y el militante tradicional). El Colectivo es una trama afectiva que coexiste con tareas prácticas y teóricas. Lo que nos interesa mostrar en esta entrevista son algunos productos de esta forma de trabajar (en la que no se trata de hacer juicios inteligentes sobre aquello que se nos aparece como “tema” a opinar, sino algo bien distinto: intervenir en situación, para componer lazos prácticos, vinculados al pensamiento de la situación), y cómo el contexto abierto luego de aquellas jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 nos han modificado. Este es un poco el límite que nos ponemos para esta conversación.

¿Considera el 19 y 20 de diciembre como un punto de inflexión en la situación política y social del país?

Las jornadas de diciembre inauguraron lo que en otro lugar hemos llamado una “insurrección de nuevo tipo”, una “insurrección del no”. Si observamos a cuantas cosas se ha dicho NO, el resultado puede ser realmente sorprendente. Tal vez sea más fácil resumirlo en lo siguiente: al sistema político de la “posdictadura”, a las teorías políticas como algo preconcebido, y a la creencia en la existencia de algo así como la “autonomía de lo político”, es decir, nos parece evidente que la política —como lucha por la justicia— tiende a manifestarse por fuera de las instituciones y los procedimientos clásicos de lo político, comenzando, claro está, por la centralidad del Estado, los sindicatos y los partidos políticos. Pero en un sentido más práctico, no se trata tanto de saber lo que pasó —como si todo esto ya hubiese ocurrido, ya hubiese quedado atrás—, sino de entender cómo pasa lo que pasa o, en otras palabras, de decidir qué hacemos con *eso* que hemos hecho y que persiste en sus efectos sobre nosotros mismos aun hoy, a un año del estallido.

No es cuestión de evitar una reflexión sobre lo que ocurrió. De hecho en varios textos hemos dicho que nuestra percepción era que en diciembre hemos participado de un movimiento complejo, no estructurado y múltiple, cuya característica más llamativa fue su sesgo *destituyente*. Es decir, no se intentó tomar el poder para aplicar desde allí un modelo alternativo de país, sino que se asistió a una movilización intensa y masiva que carecía de programa político y de dirigentes reconocidos. Todas esas cosas que para los partidos políticos son motivo de preocupación, a nosotros nos parecieron una expresión muy interesante del nuevo protagonismo social que viene desarrollándose en el país desde hace años. El movimiento no estuvo orientado por una promesa de un futuro mejor, ni tenía modelos sobre cómo deben ser las cosas. Tampoco hubieron organizaciones centralizadas manejando los acontecimientos tras el telón, aun si el estallido de diciembre se produce en el contexto de un juego político complejo, en que el peronismo intentaba desbancar al gobierno. Esta complejidad no puede explicar —de ningún modo— lo que ocurrió luego, cuando la gente ya estaba en la calle. El desborde fue evidente. Y esto es lo más significativo: una vez que las multitudes se apoderaron de la ciudad, lo que se vio fue algo inédito: miles de personas diciendo “NO” o “que se vayan todos”, un grito de angustia —en medio de una fiesta popular—, que para algunos ha sido espontáneo, pero que venía madurando en muchas experiencias de contrapoder anteriores.

Y bien, los hechos de diciembre provocaron una apertura: dieron por cerrada la época de la posdictadura, y abrieron un nuevo periodo, sin dudas muy rico pero también muy complejo, y que estamos comenzando a conocer. Nosotros percibimos que un rasgo significativo de este fin de época es la tendencia a la conformación de una *sociedad paralela*. De un lado, una descomposición significativa de las instituciones del Estado nacional argentino, y sus recursos tradicionales. Descomposición, aquí, no quiere decir de todos modos destitución. Para nada. La diferencia es evidente: descomposición es la palabra que podemos usar muy provisoriamente para dar cuenta de una nueva forma Estado: el Estado mafia, articulado al capital global.

Esta nueva forma Estado tal vez nos esté hablando de algo más que de una mera degeneración. Quizás sea una modalidad específica de articulación del territorio nacional a los flujos del capital financiero. Como sea, esta forma Estado produce exclusión aun cuando se experimente un crecimiento de las variables macroeconómicas. Y lo realmente llamativo es cómo las instituciones ligadas a esta estatalidad (partidos políticos, sindicatos, etc) quedan aprisionadas por su lógica.

Desde un punto de vista, entonces, nada escapa a esta modalidad. Sin embargo, el paisaje actual —no sólo el argentino, por supuesto— parece estar poblado también por experiencias de otro tipo. Junto a las articulaciones del Estado mafia, los negocios financieros y los mass media, se extiende, cada vez más, un nuevo protagonismo social que consiste en una variedad

extensísima de experimentos sociales, políticos, económicos y estéticos, una subjetividad rebelde que actúa en una cierta clandestinidad, a partir de criterios tales como la multiplicidad y la autonomía.

Se trata de un periodo muy rico, sin dudas, pero también muy complejo, para el que no disponemos de demasiados libros. De hecho, la sociedad paralela no se organiza en un movimiento político. No trabaja en una organización única. Aun si en otros países de América Latina existen partidos políticos al interior del movimiento de contrapoder (y es claro que hoy hay un movimiento que pretende integrar al movimiento en partidos políticos) es notable cómo ellos van perdiendo el monopolio, la dirección y la centralidad exclusiva dentro de la multiplicidad del movimiento.

Pero incluso sería un exceso de "sociología" hablar de "movimientos sociales". Se trata más bien de experiencias que protagonizan el hacer colectivo a partir de una descentralización de los mecanismos que durante décadas (sino siglos) conformaron el esqueleto del poder social. Su escala y ocupación es tan plural que no cabe establecer demasiadas homogeneidades.

Precisamente, una de las dificultades más grandes que tenemos para comprender este proceso tan novedoso es la falta de un pensamiento interior a estas experiencias, capaz de colaborar en su desarrollo, más que a su clasificación. De allí la impotencia actual de las ciencias sociales y de los activistas clásicos que siguen yendo a los barrios convencidos de que ellos sí saben lo que hay que hacer.

Estamos hablando de un formidable proceso de *socialización del hacer*, que va de experiencias artísticas a ciertas experiencias piqueteras, de modalidades originales y potentes de producir salud y educación a las asambleas barriales, de nuevas formas de producir ideas, a la emergencia de una economía alternativa que cuenta con ejemplos tan pesados como las casi 200 fábricas (plantas y talleres) recuperados por sus trabajadores, etc.

En síntesis, la emergencia de una sociedad paralela es motivo de una gran alegría, pero también de preocupación. Alegría, que es lo predominante, se refiere a la recreación de la vida en un contexto tan árido, en el cual se suponía que la historia ya había acabado. Contra todo lo previsible, la actual contraofensiva popular es una invitación a la creación, a la investigación, al encuentro de lo múltiple, a la rebeldía, en fin, a reinventar la existencia.

La preocupación, en cambio, tiene que ver con dos razones diferentes. La primera es más evidente, y tiene que ver con lo que hemos visto durante la jornada del mismo 20 de diciembre de 2001 y luego en la masacre del 26 de junio. Es decir: con la voluntad de muerte de la sociedad oficial. Pero así y todo, más nos preocupa otra cosa: la ausencia de un pensamiento realmente situacional capaz de organizar incluso formas de autodefensa realmente eficaces y organizadas por las mismas experiencias según sus recursos y posibilidades organizativas. Y aquí hay una presencia muy negativa de dos figuras: el intelectual consagrado que siempre "sabe", que trabaja expropiando la capacidad de pensar situacionalmente a estas experiencias, pero también el clásico militante de izquierda, que por otras vías termina también bloqueando esta potencia. Ambas figuras operan como auténticas fuerzas reactivas sobre las experiencias de contrapoder. Al respecto es muy llamativo que ambos –intelectuales y militantes– tengan las mismas dificultades para pensar más allá de las categorías de la "centralización", lo "estatal" y la "representación".

El desafío, al respecto, parece ser, la autoorganización popular según redes y lazos fundados en los saberes y potencias que las mismas experiencias van promoviendo, reflexionando, impulsando, más allá de la centralización a la que se los está empujando.

En esta dirección empujan también otros discursos como los medios de comunicación. Hay una ansiedad gigantesca por resolver la cuestión de cómo se expresará esto en el terreno político electoral. Esta urgencia es totalmente opuesta al espacio y al tiempo de una elaboración desde abajo sobre cómo afrontar estas cuestiones, que son mucho más delicadas de lo que se cree habitualmente. No hay que olvidar que tras la emergencia del zapatismo en México, se logró, por un lado, acabar con la dictadura del PRI, pero por otro, que sólo la derecha del PAN estuvo en condiciones de aprovechar la situación. Es decir, las experiencias del contrapoder tienden –saludablemente– a no dejarse organizar por las coyunturas inmediatas en la medida en que se concentran en los sitios en que son realmente potentes, para desde allí sí constituir una tendencia que opera sobre la coyuntura. Pero los efectos de esa presencia no son nunca lineales.

En este sentido, la ansiedad de periodistas, adherentes, turistas de diferente laya y "amigos" puede jugar un papel negativo al bloquear una interrogación más profunda por el status mismo de la política. Aquí el punto de inflexión es la exigencia de escuchar los gritos de las experiencias de contrapoder, de colaborar en la producción de un tiempo y un espacio autónomos, de

volvernos nosotros mismos productores de nuevos mundos, saberes y experiencias, sabiendo que la resistencia es creación y que la creación nos impone tareas tales como aprender a defender lo que se crea.

¿Considera que hubo un fortalecimiento de las organizaciones sociales después del 19 y 20 de diciembre? ¿Qué características dan cuenta de eso?

Nos resulta difícil responder a esta pregunta. Se precisaría una mirada externa capaz de medir cuantitativamente. Pero no hay mirada externa. Todos miramos desde algún lado. Ya en la pregunta anterior hicimos un exceso de “observación exterior panorámica”. La verdad es que sólo podemos responder esta pregunta situándonos, y para hacerlo encontramos que incluso la “sociedad paralela” —en su multiplicidad no coordinada— es ya un exceso de consistencia.

Tal vez sea útil volver al cuadro que nos planteábamos recién. Quizás allí se pueda hacer una diferencia entre “protestas sociales” y “nuevo protagonismo”. Es posible, tal vez, que la protesta haya disminuido. Pero para afirmar esto habría que hablar con uno de esos sociólogos que viven haciendo números. En todo caso, desde nuestro punto de vista, esto no es lo más relevante. Al contrario: antes de diciembre era evidente que medio país estaba desesperado, pero también que había una cantidad enorme de prácticas desconocidas de economía alternativa, por ejemplo, totalmente ignoradas desde el centro de las ciudades. Entonces: ¿qué cuentan los periodistas, analistas y sociólogos?, ¿cómo hacen sus números?

Como dijimos en otro lugar, lo que estamos presenciando es una “revolución en el desierto”. Es claro que no se parece en nada a una revolución política clásica, y seguramente la palabra “revolución” será muy objetada. Como sea, nosotros no renunciamos a ella así nomás. Se trata de una revolución en las formas subjetivas del hacer. Y nos preguntamos: ¿Cómo se mide esto?, ¿en cantidad de piquetes y manifestaciones por mes?

Por otro lado: ¿cómo considerar cuantitativamente este auténtico caos —en un sentido casi técnico de la palabra, para nada moral— de manifestaciones de todo tipo? ¿Cómo trazar diagramas, cuadros y variables sobre una multiplicidad tan poblada? ¿Cómo modelizar cuando la velocidad de las configuraciones está tan acelerada?

Lo que a nosotros nos interesa es la extensión y aún más la profundidad de la subjetivación que emerge del otro lado de la línea, en ese espacio al que los sociólogos cuantificadores no suelen llegar nunca. ¿Qué pasa detrás del piquete? ¿Qué sucede en las escuelas? ¿Qué sucedió realmente con el fenómeno del trueque? ¿Qué nos dicen las fábricas ocupadas? ¿Qué sucede con los grupos de experimentación estética? ¿Cómo se fue desarrollando ese fenómeno de justicia popular que son los escraches?, etc. Como se ve, la gran mayoría de estas experiencias son muy anteriores al estallido de diciembre y no tienen por qué encontrar un vínculo privilegiado y preestablecido con la política.

Lo cierto es que existe una exigencia al pensamiento para que abandone las técnicas y los libros y se empape de esta realidad desde el interior mismo del plano constituyente de las fuerzas. No porque no existan posibilidades de trazar continuidades y rupturas, y de hacer estadística. Pero lo cierto es que esos números no nos dicen nada acerca de las modalidades actuales de subjetivación.

Pero también nos resultan cómicos los amigos tan amantes de los libros que se preocupan por el último texto de Negri, de Holloway o, en el absurdo, de Situaciones, siempre creyendo que en los libros habitan los espíritus de la “desviación”, y sin llegar a ver que lo que importa ahora es desarrollar las potencias del pensamiento más que la defensa de las ortodoxias.

Entonces, habitantes del desierto, no se trata tanto de cuantificar y aplicar saberes, sino de preguntarnos cómo habitar este desierto, cómo pensar y producir en este caos, cómo generar y acompañar el surgimiento de hipótesis prácticas situacionales, que son imprevisibles y que emergen en un proceso de autoorganización, sabiendo que fuerza y debilidad no son cosas opuestas, sino congénitas. Las experiencias del contrapoder se fortalecen sin perder su fragilidad.

¿Cómo influyó el 19 y 20 en el imaginario social?

Por todo lo dicho hasta aquí, nos sería imposible responder a esta pregunta. ¿Hay realmente una sociedad? ¿Hay un imaginario?

Pero algo podemos decir: el 19 y 20 tornó visible la sociedad paralela. Y frente a esto hay claro, reacciones muy diferentes.

¿Cómo repercutió la participación en las movilizaciones post 19 y 20 en quienes no continuaron organizados en las asambleas?

Como ya se habrá percibido, no consideramos a las asambleas como un lugar privilegiado. De hecho, si tienen alguna particularidad es ser hijas directas de los acontecimientos del 19 y 20 cuando la gran mayoría de las demás experiencias son anteriores.

Las asambleas constituyen, según parece, un fenómeno muy heterogéneo. Hubo (y hay) de todo. Pero desde nuestro punto de vista su valor es su capacidad –digamos, de algunas de ellas- de inscribirse en la trama de la sociedad paralela.

Esta inscripción no es virtual. Tiene que ver con su participación en la red difusa de experiencias y saberes, circuitos de encuentro y comunicación que se proyectan en esta atmósfera clandestina que intenta producirse más allá de los imperativos del Estado y del mercado (y no tanto porque logren prescindir del ellos, sino porque le revocan a estas instancias su carácter soberano para reorganizarlos como elementos variables de su propia experiencia, rasgo este fundamental del nuevo protagonismo social).

Es esta red de redes la que va materializando esta revolución de los cuerpos que se rehacen, multiplicando la materialidad del *querer vivir*, sin necesidad de estructurarse en una organización única, rígida.

Retomemos la distinción entre “protesta” y “nuevo protagonismo”, que formulamos sin desarrollar demasiado. Esta distinción es, claro, muy problemática. De hecho no reclama más valor que su utilidad estricta para este párrafo. Pero la idea sería que la protesta social no es índice del nuevo protagonismo. La protesta, en la medida en que suele ser demanda al Estado, repone los términos de una subjetividad muy diferente a aquella que circula por los andariveles del nuevo protagonismo. A su vez, esto no quiere decir que la protesta no sea un terreno compartido. De hecho, innumerables veces el nuevo protagonismo participa de acciones de este tipo. Lo que tal vez podamos concluir –con un valor cercano a “0” para otro contexto que no sea este mismo párrafo- es que la protesta, en manos del nuevo protagonismo, es un elemento interior de una operación mayor de subjetivación, mientras que la mera protesta, en sí misma, no posee potencias capaces de hacer del “protestón” otra cosa que alguien relativamente pasivo, separado de sus propias potencias subjetivas de hacer y de crear.

De esta forma, cuando se habla de “movimientos sociales” para nombrar al nuevo protagonismo hay que tomarlo en un sentido hiperliteral: movimiento físico, desplazamiento, alteración del campo, más que la cristalización de un nuevo actor social con demandas específicas, estrategias de lucha y objetivos políticos. La diferencia se juega por entero en el campo de la subjetividad (diferencia material si las hay, ya que el “movimiento” cuando es literal es por naturaleza instituyente de nueva realidad) y sus efectos (nuevamente, instituyentes), en el fortalecimiento de un nuevo modo del hacer.

Las asambleas, entonces, pueden ser percibidas (incluso por sus miembros) tanto como un movimiento político, gremial o social, destinado a acumular vecinos-militantes y adherentes, obsesionada por el crecimiento numérico y su capacidad de poder (capacidad de movilización e influencia callejera), como un procedimiento específico de alteración subjetiva, como una experiencia que, como movimiento físico, altera las condiciones de existencia y es capaz de establecer otras conexiones y vínculos. Cuando hablamos de las asambleas, solemos referirnos a ésta última modalidad.

A riesgo de ser muy esquemáticos, podemos trazar una diferencia muy clara entre la asamblea-protesta y la asamblea que se percibe como partícipe de un nuevo protagonismo: unas aspiran a conquistar legitimidad, apelando a los valores socialmente reconocidos; mientras que las otras intentan convertirse –a partir de un *movimiento*- en productoras de nuevos valores. Los criterios de éxito y fracaso en una y otra experiencia son muy, muy diferentes.

Y estas modalidades se juegan en decenas de iniciativas actuales como las compras comunitarias y otras formas economía alternativa, los foros de discusión, la cooperación con los movimientos piqueteros, con las fábricas ocupadas, la solidaridad práctica con los cartoneros, el establecimiento de redes de comercialización de la producción campesina, de educación popular, los escarches, etc.

Resulta curioso al respecto constatar cómo numerosos vecinos se sienten cada vez más cómodos en estas tareas, que en la asamblea misma, produciéndose una cierta autonomización de estas iniciativas con respecto a las discusiones más burocráticas e ideológicas de las asambleas. Habría que ver, entonces, que las asambleas han pasado a funcionar –en muchas ocasiones- como expulsoras de personas que o bien se desencantaron o bien pasaron a participar bajo otras modalidades.

La experiencia de las empresas recuperadas, ¿sólo posibilita la supervivencia o abre un escenario que permite un reposicionamiento subjetivo?

Nuestro conocimiento —práctico— al respecto es muy pobre. Sin embargo observamos con mucho interés este fenómeno y estamos en contacto con algunas experiencias. Pero la verdad es que aún no nos hemos metido en esto a fondo, lo que posiblemente hagamos el año que viene. Nuestro interés, al menos por ahora, se vincula con lo que este fenómeno puede producir en términos de fortalecimiento del contrapoder.

Efectivamente, estas experiencias se vinculan con todo lo que venimos conversando sobre la autonomía y la socialización del hacer, y particularmente con las experiencias de una economía alternativa.

En momentos en que el circuito financiero ofrece negocios rentables por fuera de la producción, se abandonan plantas gigantes como las de Zanón (la fábrica de cerámicos más importante de América Latina), que son realmente productivas y con un mercado enorme. Todo esto nos habla, tal vez, de dos “rentabilidades”: una que persigue el máximo beneficio, y que en ocasiones lleva a cerrar plantas en buenas condiciones, y otra “rentabilidad-parepela” que es muy diferente a la del beneficio máximo. Esta última se constituye en las redes alternativas y tiene otras exigencias y pautas de comportamiento.

Mientras el mundo de los negocios financieros (el capitalismo realmente existente) se aleja cada vez más —es muy claro en Argentina— de la reproducción social, emergen formas de reapropiación ligadas al nuevo protagonismo que “recupera” recursos para este hacer social.

Sabemos que las cifras son conocidas, pero queremos repetir las para tomar dimensión de la escala: se habla de casi 200 unidades productivas recuperadas en todo el país.

Y aún más. No sabemos lo que podemos esperar —en términos del desarrollo de la sociedad paralela— de las conexiones que cada unidad puede establecer con las experiencias de su zona. Lo que sí queda claro es que estas redes están activas, y que el entramado se está autovalorizando según una dinámica muy diferente a la “sociedad oficial”.

Pero no se trata de hacer pronósticos, sino de aprender a valorar lo que está sucediendo de acuerdo a los propios parámetros que se están creando al interior de la sociedad paralela. Y esta perspectiva no existe sino en estado de investigación permanente.

Desconocemos aun el resultado último de los intentos actuales por establecer redes autónomas de comercialización de la producción de organizaciones campesinas y urbanas, la experiencia asamblearia de compras comunitarias y los vínculos que —a manera de tanteos— se van ensayando; sin embargo, sí sabemos que en este ejercicio se está elaborando una nueva experiencia, y las plantas tomadas con sus debates sobre cooperativización o estatización con control obrero, etc, son parte de este movimiento.

Dos cosas nos parecen ciertas: que habrá que indagar sobre la producción de una nueva subjetividad —sin dudas ya en curso— en el interior de la fábrica. Y luego, que es este proceso coexiste con la emergencia de nuevas formas productivas, diferentes a las que organiza el capitalismo, o lo que podemos llamar una metaeconomía^[2].

Dentro del movimiento piquetero existen distintas prácticas de construcción social: ¿cuáles caracteriza que apuntan a formas alternativas de sociabilidad?

No existe como tal un movimiento piquetero. Existen varios movimientos. En nuestro caso estamos obligados a hablar de la experiencia con la que estamos afectiva y prácticamente comprometidos, (en la medida en que venimos trabajando con ellos en un taller^[3] desde hace ya más o menos dos años), que es el Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD) de Solano.

Como es sabido, tanto los compañeros del MTD-S como otros movimientos están desarrollando una intensa discusión sobre las formas de producción del contrapoder que van más allá de la lucha piquetera en un sentido restrictivo, estrecho.

Cuando nosotros los conocimos nos sorprendió el alcance de esta elaboración. Ellos consideran al piquete como un momento de su lucha, pero no como el único momento o el más importante. Al contrario, nos atreveríamos a decir que la lucha fundamental es la que libran cotidianamente en los talleres productivos y de formación, que son un mundo desconocido por todos aquellos que se limitan a opinar sobre los piqueteros por el sólo hecho de cortar rutas.

Sin dudas se trata de experiencias de un valor incalculable, en la medida en que se toma en serio la producción de lazo social, de nuevos valores, de nuevas formas del hacer, del participar, del intervenir.

Pero se los ha criticado mucho por atreverse a romper los esquemas. En muchos sitios se los condena por eso. Otros, en cambio, los ven como el modelo de una militancia alternativa.

Según nuestro criterio, ambas modalidades son ideologizantes y objetualizantes. Ni los dogmáticos ni los “alternativos” parecen estar a la altura de lo que se está jugando.

La ideologización (por condena o adhesión) opera como una respuesta sobre las formas de sociabilidad que emergen, pero se trata siempre de una respuesta anterior a la pregunta, que se entrapa y se encierra en sí misma porque se ahorra la experiencia de una indagación difícil e incierta.

Así actúa el mercado de “lo alternativo”: hay un discurso esperando a las prácticas. Hay ya rótulos y lenguajes adecuados. El alternativo *debe ser* “autónomo”, “horizontal”, “rudo luchador” y “radicalmente asambleario”.

De esta forma se tiende a vanalizar —a convertir en puras consignas— lo que en realidad son operaciones específicas de producción de una subjetividad rebelde, situada, irreductible a toda modelización.

De allí que en la *militancia de investigación* la experiencia adquiere una prioridad ontológica con respecto a las formas concientes que pretenden etiquetarla. Los nombres y las ideas son adecuadas a una situación sólo si su trabajo en esa situación así lo revela y no por imposición externa.

Si hay algo, entonces, que caracteriza y distingue al MTD-S —según nuestra experiencia de amistad con ellos, que siempre da una visión parcial— es su capacidad para organizar la experiencia alrededor de un modo de pensamiento situado, propio. Procurando trabajar sin esquemas previos, y con una marcada irreverencia ante las prescripciones externas. Ellos mismos van seleccionando y produciendo sus propios saberes sin garantías ni modelos.

¿Cree que el proceso electoral va a debilitar al movimiento asambleario?

Invirtamos la pregunta: ¿podrán realizarse estas elecciones como si el contrapoder no existiera? ¿Lo político (elecciones, partidos, dirigentes, campañas, etc.) seguirá existiendo inmodificado luego de los sucesos de diciembre?

Nosotros creemos que no. Y por una razón fundamental. Lo político depende de que se crea en él. Es como dios: depende de nuestra fe. Entonces, si decenas de miles de personas creen que lo político ya no es el lugar para el cambio de sus vidas, lo político como tal peligra.

Pero esto no quiere decir que vaya a desaparecer. Va a cambiar. Incluso la forma en que el contrapoder se vincula con lo electoral va a cambiar. No hay una posición única al respecto. Están quienes no votan, y los que sólo votarían a buenos compañeros para ver si pueden desde sus cargos acompañar el proceso. Lo fundamental, es que lo político ya no nos organiza. Ahora tenemos sitios desde los que pensar qué queremos hacer con él. Esto es lo que sucede cuando surgen movimientos autónomos.

Las asambleas, como el resto del movimiento, deberán pensar qué espacio otorgan en su propio desarrollo a las elecciones. Hoy se dibujan claramente tres tendencias: una a la que le gustaría mucho ingresar al juego político como un nuevo actor del sistema, otra que querría que las asambleas fueran las bases de un movimiento para la toma del poder y aquella posición que está preocupada por el desarrollo situacional del hacer, y se niega a pensar desde otro lugar. Veremos cómo se resuelven estas discusiones y allí comprobaremos si todo esto fortalece o debilita a las iniciativas en marcha alrededor de las asambleas. Un cosa, sin embargo, es clara: no son las elecciones las que debilitan o fortalecen sino la capacidad —o no— de dejarse afectar positiva o negativamente por ellas.

¿Qué vigencia tiene actualmente el “que se vayan todos”?

“Que se vayan todos” es lo último que atinamos a decir cuando se agotó una modalidad del uso de la palabra, para dar lugar a otros. Hoy podemos preguntarnos qué quisimos decir con eso, pero esa pregunta se formula desde la posibilidad de habla que conquistamos cuando, ante el horror de un cierto silencio, pudimos gritar “que se vayan todos”.

Se trata del enunciado que pretende clausurar una época cuyos discursos y formas de proceder estaban dirigidos a perpetuar las prácticas de la separación, de la representación.

Se trató de un saludable pateo del tablero, una rebelión callejera en medio del desierto.

¿Qué pasa hoy con este grito? Lo de siempre: es objeto inevitable de una lucha de interpretaciones. Su potencia, según nuestro punto de vista, trabaja en proporción a la potencia subjetiva de una multitud que al mismo tiempo que niega autoafirma, inaugurando nuevos campos de experimentación.

No posee, por lo tanto, un significado único ni literal. Pero lo peor que se podría hacer con él es tornarlo obvio y transparente. Controlarlo y neutralizarlo. Sobre todo porque tal vez no ha dado aún todo lo que tiene para darnos. Ojalá.

Sin embargo, a un año de la insurrección de diciembre, el “que se vayan todos” no parece haber quedado bailando en el vacío, llorando la ausencia de una “traducción” política adecuada. Por el contrario, conoce materializaciones contundentes: “ocupar, producir, resistir”, “si no hay justicia hay escrache” y “trabajo, dignidad y cambio social”, entre tantas otras.

[1] Autores de 19 y 20. *Apuntes para un nuevo protagonismo social*, De mano en mano, Bs. As., 2002.

[2] Ver: Miguel Benasayag; “Metaeconomía”, en *Contrapoder, una introducción*; De mano en mano, Bs. As, 2001.

[3] Como resultado de este trabajo de taller hemos editado en coautoría: *La hipótesis 891: más allá de los piquetes*; De mano en mano, Bs. As., 2002.

REPORTAJE A NEKA JARA Militante del Movimiento de Desocupados de Solano

Reportaje publicado en La Fogata revista el 01/2004

Esto es una curiosidad ¿cómo es que primero te hiciste piquetera y después fuiste desocupada?

En realidad hace mucho tiempo que trabajo en esta zona: primero estuvimos en todo lo que fue el proceso de asentamientos, de ocupaciones de tierras; siempre trabajando en organizaciones barriales, y articulando entre distintas organizaciones. Yo trabajaba en un hospital público, y desde el equipo de salud trabajábamos en las comunidades de base el tema de violencia familiar, entre otros. Así fue como fuimos construyendo con los vecinos un espacio de encuentro, de discusión, de proyectos. Cuando surge con fuerza el tema del MTD en torno al desempleo, a la desocupación, nosotros estábamos vinculados a toda esa historia, y comenzamos a participar del MTD, a realizar las acciones directas que se proponían en ese espacio. Esto generó un gran cuestionamiento en los espacios de trabajo -yo trabajaba en educación y en salud- así que al poco tiempo me vi sin empleo. Pero la integración más que nada tiene que ver con que nunca entendimos que el desempleo, o la desocupación, era el eje fuerte de nuestro encuentro, sino el cómo empezar a transformar desde lo cotidiano, desde una práctica concreta, esta realidad. Con o sin trabajo, cómo cambiar nuestra realidad, eso fue lo que me motivó a mí.

Recorriendo este cambio en tu vida ¿cómo ves la transformación individual en relación con la transformación social, hay algo que viene primero, algo que viene después?

Es un proceso y se va dando en la práctica. Por ahí nosotros, y nos sigue pasando y nos va a seguir pasando, venimos de otras experiencias, con muchos preconceptos, con muchas definiciones que, al encontrarnos y al discutir, al accionar permanentemente sobre esta realidad, se van modificando. Es un ida y vuelta permanente entre lo individual y lo colectivo, como un enriquecimiento, un crecimiento permanente y mutuo, entre la persona y el colectivo. Esta experiencia del MTD me ha transformado en lo personal en mucha más profundidad que otras experiencias, y la diferencia está en lo cotidiano, en proponernos vivir una experiencia que es de todos los días. Por ahí antes eran espacios, -una asamblea, una acción concreta en el barrio- pero desde la vida de todos los días era diferente. Es una de las experiencias que más me está marcando.

En el MTD Solano ¿hay un punto de partida, un medio, un punto de llegada definido?

Creo que no, y eso es lo que a veces parece como que desespera a algunos compañeros. Hay un horizonte, es decir, sabemos que este sistema no nos gusta, lo conocemos, lo experimentamos. Sabemos que a las formas que lo sostienen hay que destruirlas desde nuestra práctica concreta. Y sabemos que queremos un cambio social, sabemos que para ese cambio social hay que construir relaciones nuevas, nuevas subjetividades; con prácticas diferentes, por eso nos planteamos el tema de la horizontalidad, la democracia directa, la acción directa. Todos estos son horizontes, pero a la vez son procesos. Es decir, no

tenemos algo pautado como un programa que te dice "cuando lleguemos acá vamos a ser plenamente horizontales, cuando lleguemos acá vamos a ser plenamente autónomos" sino que va a ser siempre un proceso. No creemos que haya un punto de llegada y está todo dado, sino que la Historia tiene esta característica: que es permanentemente modificada, transformada.

¿Pensás que todos los movimientos de trabajadores desocupados en la Argentina tienden hacia lo mismo, como plantear que es posible una unidad de MTDs, por ejemplo?

En algunos espacios donde hemos participado coordinando, compartiendo las prácticas y proponiendo algunos ejes, algunos puntos de encuentro, hemos constatado que sí: hay muchos MTD que se proponen construir un movimiento nacional que conduzca un poco toda la transformación o la lucha de estos últimos tiempos, otros que por ahí plantean el tema de estos MTD como un paso hacia la construcción de un partido. Nosotros, como algunos otros MTD, como algunas otras organizaciones o movimientos, creemos que no, creemos que esto no es lo necesario, sobre todo a partir de la historia que hemos vivido como pueblo, es decir, como argentinos y también como parte de Latinoamérica. Nosotros, en estos momentos, vemos el fuerte en la coordinación a partir de experiencias diversas, sí con estos horizontes de los que hablábamos hoy, porque tampoco es todo lo mismo. Pero no creemos en las prácticas uniformes, homogeneizadas.

¿Eso es lo que diferencia a Solano y a los MTD que están en la misma línea?

La propuesta del proyecto de autonomía es lo diferente, es decir, desde dónde nos plantamos para decir "la experiencia autónoma se construye desde acá", porque también en este sentido hay diferentes propuestas. A veces parece que la autonomía o la horizontalidad sirvieran para un determinado momento, pero ya para otros momentos se necesitaran otros tiempos, otras prácticas. Nosotros creemos que el proyecto a construir es la autonomía, esto es lo diferente, y sobre todo entendiendo que la autonomía no suplanta, no viene a reemplazar aquello que ha fracasado, los partidos tradicionales, los movimientos tradicionales, sino que es algo nuevo a construir.

Debe haber muchos compañeros que se acercan al MTD por una cuestión de necesidad del plan; ¿cómo es esta relación con un compañero nuevo, es ganar un plan más? ¿qué se espera de quien por ahí no conoce este proyecto autónomo de Solano?

El punto de partida es el encuentro, el encontrarnos compartiendo una situación concreta, que es la desocupación y todas sus consecuencias: los problemas familiares, el tema de la salud, la educación, todo lo que se va degradando con el problema del desempleo. Reflexionar juntos y primero, que esta apertura del espacio que es el MTD no sea algo como que le va a resolver los problemas, sino que es un espacio donde llega y puede encontrarse con otros que viven la misma situación, y a partir de ahí juntos, charlando, reflexionando cuál es la causa de todo esto que nos está pasando, poder encontrar caminos de lucha juntos; un poco ésta es la propuesta. Lo cierto es que la gran mayoría se acerca a partir de la necesidad; el tema es cómo plantearnos, es decir, cómo hacer que el MTD no se convierta en una empresa o en un administrador de la pobreza o de la miseria de los demás, sino que sea realmente un espacio de encuentro y de lucha para transformar esa situación. Esto es una reflexión y una práctica permanente, porque puede pasar que con nuestras prácticas, con nuestras actitudes, con los roles que vamos asumiendo en la organización, muchas veces caemos en el papel de administradores. Entonces, a veces la opresión la deja de ejercer el Estado, pero, a través de la coacción del clientelismo, estas organizaciones también se pueden convertir en la herramienta de opresión que a partir de la lucha logra estos planes o bolsones de mercadería. El desafío nuestro permanente es reflexionarlo y tratar de madurarlo, para que esto no sea así. Cuesta mucho, cuando nos juntamos a partir de la necesidad, hablar sobre la libertad o construir desde la libertad. Es uno de los ejes de discusión fuerte permanente en nuestro movimiento: hasta dónde un compañero está en el movimiento porque encuentra un espacio de lucha o de reconstrucción.

Esta libertad ¿es una libertad con responsabilidad, con lealtad hacia el otro compañero? Siendo así ¿no resulta un proceso difícil para una persona que está acostumbrada a "recibir todo"?

Sí. El asistencialismo es algo que nos ha calado muy fuerte como pueblo, y es una de las rupturas más fuertes que intentamos hacer en estos últimos tiempos: justamente, el sujeto pasivo que necesita del organizador, ya sea de un líder, de un dirigente o de una organización que le solucione los problemas. Uno de los desafíos más fuertes que tenemos es cómo romper con esto. Y si bien nuestros acuerdos, nuestros principios, son la autonomía, la horizontalidad, la democracia directa, la participación, muchas veces hay como una expectativa hacia algunos compañeros, de alguna manera se busca reconstruir el líder, el dirigente y esperar algo de estas personas o de estos grupos; el tema es cómo ir rompiendo con todo esto. Si nosotros decimos que en el movimiento no hay referentes, estamos mintiendo; porque hay personas que por su participación, por los roles que van asumiendo, se convierten por ahí en referentes fuertes. El desafío es qué hacemos con estas referencias, cómo vamos rompiendo con esto, que vayan madurando otros y se vaya haciendo verdaderamente colectivo.

¿Cómo se relacionan uds. con otros referentes de los barrios, por ejemplo, los punteros de los partidos?

Hemos pasado por etapas. En un principio fue un ataque brutal, de difamación, de agresión psicológica, física. Han atacado casas de compañeros, las han incendiado. Después, cuando el movimiento se fue desarrollando en el barrio, se ha pasado a otra etapa, que es una búsqueda de convivencia, pero más bien para cooptar al movimiento, para ir chupando compañeros con mensajes como que "acá vas a estar mejor, no vas a tener que cortar la ruta, acá te vamos a dar el plan, la comida". Pero como el movimiento ya tenía algunos años de desarrollo, han prendido otras cosas más allá de la necesidad, es decir que el fuerte no es el plan trabajar ni la mercadería sino que hay otros tipos de vínculos, por ejemplo, el afecto es muy fuerte entre nosotros. Al tener una práctica cotidiana, algo que nos une, que nos sostiene fuertemente es el afecto y el apoyarnos mutuamente; así que no han logrado romper a los núcleos fuertes. Hoy estamos en una situación así por una política de este gobierno, de este Estado, de que "hay que pacificar los barrios, hay que pacificar la Argentina; entonces tratemos de formar una comunidad de colaboración; de cooperación". Sabemos que eso es una propuesta más que nada para ir aplacando; fragmentando al mismo movimiento; hoy no hay choques fuertes pero sí hay utilización, hay clientelismo. Y se usa mucho, por ejemplo a los jóvenes que están en la calle, que están con el tema de la droga, el alcohol. Hay una articulación muy fuerte entre lo que es la fuerza, el aparato represivo, el Estado, y este tipo de personas de distintos barrios.

Hablabas recién de los principios del MTD: horizontalidad, democracia directa, autonomía. Desde la experiencia concreta, ¿están en contradicción con la organización como necesidad, con el socialismo como modo de vida?

Hay un hilo muy fino en qué es la autonomía, o qué es la libertad de cada uno, y cómo juega en el colectivo el tema de la libertad y la autonomía individual. Muchas veces caemos en entender que la autonomía es sinónimo de desorganización y de liberalismo, o que la libertad está entendida como que cada uno pueda hacer lo que quiera "porque somos libres". Nosotros creemos que la libertad también se construye y va pasando por diferentes procesos. En los espacios de educación popular reflexionamos, discutimos mucho este tema: toda la carga que traemos, toda la educación que traemos es para vivir justamente no como individuos, sino como individualistas, como egoístas. Entonces, necesitamos de espacios de organización para ir rompiendo colectivamente con esto. ¿Cómo trabajar juntos todos los días en proyectos dónde compartimos la vida si no nos organizamos? Es imposible; por ejemplo, para fabricar el pan, los compañeros que están en el grupo de panadería, alguna planificación, alguna propuesta de cómo trabajar, de cómo organizarse, tienen que tenerla, porque si no, es imposible realizar las actividades. Y esto está en articulación con el movimiento en general, es decir, cómo vamos articulando los distintos espacios, los distintos proyectos que nosotros tenemos, en una organización verdaderamente colectiva. No creo en que la libertad es el ejercicio de que cada uno pueda hacer lo que quiera, sino que todos tenemos propuesta cómo vamos construyendo ese aprendizaje que es colectivo, ese conocimiento o pensamiento colectivo.

¿Cómo se toman las decisiones en las asambleas y desde allí, cuál es el compromiso de los compañeros de llevarlas a la práctica, en una relación entre el decir y el hacer?

También es un proceso de construcción, las asambleas dependen mucho de cada barrio, de los tiempos, de los distintos colectivos que se van formando. La idea es tomar las decisiones en base al consenso, es decir, construir decisiones que estén discutidas, consensuadas. Es muy difícil, por lo que decíamos antes: todavía tenemos esta carga, arrastramos esto de que muchas veces esperamos que otros nos solucionen los problemas. Entonces por ahí, ante algunas propuestas que se hacen, muchos dicen "sí, estamos de acuerdo, apoyamos esto" pero en realidad lo que se apoya es que aquellos que traen una propuesta hagan las cosas. Entonces, se trata de una evaluación permanente sobre la práctica, y también, de ir buscando una rotación de roles permanente: "este rol lo asumí yo hoy, mañana asumilo vos o que lo asuma el otro compañero". Esta coherencia entre el decir y el hacer, el decidir y el accionar, es permanente justamente para ir rompiendo justamente con toda esa carga.

Hay una problemática que es histórica en cualquier movimiento, en cualquier organización, y es el tema del género: no sólo las mujeres, sino también los homosexuales, los travestis y el rol que juegan en los movimientos populares. Muchas veces vemos discriminación y autodiscriminación, aún dentro del campo popular, ¿cómo se vive esta cuestión en el MTD, en el día a día, tanto en lo que es el trabajo como en las asambleas? O sea, ¿quién lava los platos en Solano, quién redacta los comunicados? ¿y en los piquetes, hay algún trato diferencial hacia "las chicas"?

Si hay algo que tiene de nuevo también el MTD es la participación de la mujer. En el '97, cuando comenzamos en el movimiento, el 90% éramos mujeres. Después, despacito, se fueron integrando los compañeros, los jóvenes. La discriminación tiene que ver con una de las formas de dominación, el machismo. Nuestra cultura es predominantemente machista. Por ejemplo, en las asambleas hay muchísimas mujeres participando, haciendo cosas; pero en los espacios donde se hacen discursos y se habla de proyectos políticos, generalmente son hombres. Sólo basta con armar un palco en la Plaza de Mayo y que vayan distintos

representantes a hacer discursos para ver que el desfile generalmente es de hombres, y esto tiene que ver con esta estructura machista que tenemos como sociedad. Es un desafío de todos los días para nosotros y fundamentalmente para las mujeres, no sólo el proponernos cómo cambiar la relación con los compañeros, cómo discutir el tema de los roles, sino también pensar en qué medida reproducimos esta educación machista con los hijos, entre vecinos, en las asambleas. Estamos como en punto de partida en esto, si bien muchos compañeros empezaron a lavar los platos o a lavar la ropa o a cuidar los chicos. Tenemos compañeros que se turnan; en las últimas manifestaciones sobre todo, después de grandes represiones donde se veía que era muy difícil participar con todos los chicos, una vez se quedaba el papá y otra vez la mamá, con ellos en la casa. Después fuimos encontrando también espacios colectivos donde algunos compañeros se dedican a cuidar los chicos, pero bueno, se hizo todo un proceso en esto. De todas maneras, quedan ciertos resabios, ciertos aspectos de esta cultura machista, por ejemplo yo lo noto, - los compañeros se ríen, pero algunas mujeres hinchamos mucho con esto- en los cantos, cómo se degrada a la mujer; para putearlo a Menem se dice "es un hijo de puta, un bastardo", y siempre quedamos las mujeres como responsables de estos tipos. Muchas veces también, en la valoración de la mujer, es decir, desde dónde se mira a una mujer, desde dónde se la tiene en cuenta, prevalece lo que te da la prensa, lo que te da esta cultura machista: el cuerpo como objeto de consumo. Si bien pareciera que falta mucho todavía para romper y para proponernos vivir desde otras relaciones, estamos en ese camino. Lo que se nota es que hay un respeto muy grande entre las compañeras y los compañeros. Al principio, por ejemplo, costaba mucho que las compañeras participaran en el área de seguridad, en los piquetes. Hoy ya ni siquiera cabe esa duda. Las compañeras están en distintas actividades, no hay un trabajo para la mujer y un trabajo para el hombre, sino que se da una participación democrática.

En relación a este tema ¿la policía discrimina?

La represión discrimina muchísimo, fijate vos que en estos últimos tiempos hay muchos casos: el caso de una compañera mapuche, por ejemplo, que está a punto de perder la tenencia de sus hijos por estar comprometida justamente en la acción directa, en la lucha. Es muy difícil que se cuestione al papá que esté en la lucha, en una acción directa, pero si se trata de una mujer, hasta es inclusive condenada por la misma sociedad, por los mismos vecinos. Le sacan los chicos, porque "mirá en lo que andaba, mirá lo que estaba haciendo". En ese sentido, la represión golpea mucho más a la mujer que al hombre. Acá en el MTD también: en las escuelas, los maestros, la directora, generalmente apuntan a eso. Cuando hay algún problema de aprendizaje, algún problema que nosotros lo analizamos desde otro lugar -los problemas de aprendizaje son producidos por el mismo sistema- pero socialmente se entiende como que la responsabilidad es de la mujer, si está o no está en la lucha. Y generalmente para la policía, sobre todo para las mujeres policía, "sos una puta de mierda, sos una callejera que abandonás a tus hijos". Lo de la discriminación es muy fuerte, muy violento. Incluso muchos homosexuales discriminan a los travestis. O lo que relatan muchas compañeras que estuvieron en campos de concentración en la dictadura militar: en el trato la violencia era mucho mayor, en el sentido de que tenían responsabilidad por ser subversivas pero además por parir hijos subversivos, como si fuera una doble carga. Es muy difícil separar qué grado es más violento que otro, pero muchas compañeras cuentan esto. Cuando cuentan por ejemplo que la violación sexual ni siquiera era considerada parte de la misma violencia de la tortura, sino algo extra. Eso es una marca de que es otro lugar donde se ubica esto.

A partir del comunicado de Solano explicando los motivos para retirarse de la coordinadora Aníbal Verón, ya han corrido chorros de tinta, litros, toneladas. ¿querés agregar algo para aclarar alguna duda que pueda haber quedado?

El comunicado es claro, por ahí a veces hay como una reinterpretación de lo que es. Siempre decimos que una de las decisiones más importantes para nosotros fue el haber decidido como movimiento irnos de la Verón; y le dedicamos mucho tiempo a eso, le dedicamos asambleas, espacios de educación popular, plenarios, es decir, mucho tiempo. Realmente hemos tomado una decisión colectiva, sobre todo analizando todos los aspectos, lo que nuestra participación en la Verón nos aportó y lo que nos debilitó. En lo personal, puedo decir que hicimos un camino juntos con otros movimientos, con otros compañeros. Que cuando comenzamos nos proponíamos algunas cosas que después la coyuntura, la práctica, la suma de otros compañeros, fueron mostrando que había propuestas y caminos diferentes. A mí en lo personal me duele mucho cuando caemos en esto de quiénes son los verdaderos y quiénes no, o quién está en una práctica correcta y quiénes no. Tenemos prácticas diferentes, nosotros hemos optado por ésta, por la autonomía, y ellos han optado por construir un movimiento a nivel nacional, un movimiento único, con posibilidad de una conducción de ese movimiento -lo que hablábamos al principio- y nosotros la respetamos pero no es la construcción que compartimos. Tanto como el MTD de Allen, de Cipoletti, como el de Guernica, nosotros hemos reflexionado que nuestra práctica hoy no se sustenta en la Verón; nos debilitaba mucho, entonces no tenía sentido estar ahí.

Con respecto a las asambleas barriales que nacieron después del 19 y 20, que son mucho más nuevitas que los MTD, ¿ves que puedan tener una base ideológica común? Si la tienen ahora o es posible que la tengan ¿en qué medida puede haber una suerte de construcción en común con los MTD?

Muchos intelectuales o muchos activistas, militantes, hacen el análisis que las asambleas han fracasado. Yo no creo que hayan fracasado, sino que los tiempos han cambiado, se ha hecho un proceso y me parece mucho más interesante lo que queda de ese proceso, de esas asambleas que eran multitudinarias. Es mucho más fuerte las experiencias chicas que generar núcleos que se han propuesto realmente producir cambios. Por ahí el encuentro, el desafío de compartir una experiencia es que nos proponemos transformar. A mí muchas veces no me gusta este tema de las etiquetas, por ejemplo, los piqueteros, las asambleas, los ahorristas, sino qué podemos hacer juntos para transformar esta realidad que nos afecta a todos de determinadas maneras. Hay muchas cosas para compartir, se está produciendo mucho, se están produciendo desde alimentos, vestido, calzado, como también se están produciendo nuevos pensamientos, nuevas subjetividades; todos esos son motivos de intercambio y de fortalecimiento. La ronda de pensamiento autónomo me parece un espacio muy interesante en este sentido, más allá de que a veces hay cosas de compartimos, otras no, pero la diversidad que hay ahí y la propuesta de encuentro me parecen muy valiosas.

¿A partir de qué expectativa surge esta idea de la ronda de pensamiento autónomo, en principio convocada por Solano, y por qué este enero autónomo?

Sobre todo surgen de propuestas que justamente parten de este conocimiento de las prácticas. De distintos lugares empezaban a proponer cómo profundizar en esta práctica y surgió esta posibilidad de estar haciendo una ronda de pensamiento autónomo entre asambleas, movimientos piqueteros, espacios ocupados, y por qué no ampliarlo a otros lugares del mundo que también quieren compartir esto. Y yo creo que el desafío es que la ronda de enero sea un punto de partida y un punto de llegada, a veces le temo un poquito a esto: cómo pensar todo, cómo armar todo, estructurarlo todo de manera tal que eso sea "el evento" entre comillas, y como que todo queda ahí, sino justamente que eso dispere una autonomía en distintos lugares del mundo. Tengo muchas expectativas con respecto a esto y tiene que ver con que a partir de ahí no se generen modelos, por ejemplo, qué práctica es la que más enseña, qué práctica es la que más habla, sino que sea realmente un intercambio, que se produzca algo nuevo, algo que se produce colectivamente.

Hablando de los lugares del mundo, conocés muchos países de Europa y tenés este viaje reciente a los EE.UU. ¿Qué dejaste allí, qué trajiste, has visto prácticas parecidas desde historias tan diferentes?

Me da muchas contradicciones a veces, porque primero nunca en mi vida imaginé que iba a conocer tantos lugares. Y cada lugar tiene su particularidad. Nunca me imaginé que me iba a encontrar en EE.UU. con activistas desafiando al y en el corazón de la bestia, vomitando en el estómago de la bestia, desafiando al monstruo. Para mí eso fue muy fuerte. O que en distintos lugares como Italia, España, que tienen corporaciones multinacionales ejerciendo todo este poder de la crisis que estamos atravesando los argentinos, se estén proponiendo cómo articular e ir rompiendo con todo esto; me parece muy interesante. Lo que más me impacta es que en distintos lugares del mundo hay como una necesidad de repensar el cambio, de repensar la transformación, y creo que ése es un punto de encuentro: analizando distintos momentos, distintas situaciones, tantas revoluciones, cómo podemos superar todo aquello que ha fracasado, se ha truncado. Que sirven, que sostienen, que aportan, pero cómo superar aquello que lo ha debilitado, eso es muy interesante.

¿Has recibido preguntas sobre puntos de comparación, por ejemplo, con las teorías de Negri, con el zapatismo?

Creo que es la tendencia más fuerte: la de cómo interpretar una práctica y poder encasillarla en un paquete. Es decir, "cómo vendo esto, cómo se vende esta práctica". Al compartir un poco qué es lo que hacemos, cómo lo venimos haciendo, surge "¿leyeron a Negri, leyeron a éste?". Te ponen siempre la etiqueta, o sos negrista, o sos anarquista; y la verdad que son rótulos que te quitan la posibilidad de la autonomía. Cuando ya te encasillás en uno de esos marcos, te queda poco margen después para construir la autonomía.

¿Te enojaste alguna vez por esto?

Respeto mucho las diferencias, las distintas posturas, y valoro mucho el poder discutir a partir de esas diferencias; por ahí lo que me cuesta aceptar es esta metodología oportunista, conspirativa, como que busca siempre sacar ventaja. Y creo que me enojé por eso, porque con mucha falta de respeto hacían un cuestionamiento, pero para imponerse sobre el resto con su postura, desde su mirada. Creo que me hizo enojar eso, como también acá me hacen enojar esas maneras de construir.

Ésta es la pregunta libre, en blanco, para que lo que quieras transmitir.

Hoy en la ronda salían las distintas propuestas de cómo celebrar o cómo resurgir todo esto que pasó el 19 y 20 de diciembre. Esto tiene que ver con lo que veníamos charlando, cómo proponernos creativamente reforzar o profundizar la lucha. Parte de la

autonomía y de la lucha es la creatividad, la ironía, el buen ánimo, y cómo repensar no caer en los rituales, no caer en las cosas mecánicas, cerradas, sino cómo proponernos, desde distintos espacios y movimientos autónomos, profundizar esta lucha. Porque muchas veces nos pasa, el tema de los piquetes, por ejemplo. Creo que han cambiado los tiempos, no es que hay que dejar de ser piquetero, sino cómo pensar construir creativamente, en estos tiempos, la lucha piquetera. Sobre todo con este manejo que se está haciendo. Muchas veces caemos en eso, el sistema sabe utilizar muy bien los métodos, las formas, y me parece interesante no regalar ni vender eso, sino recrearlas. Es un trabajo cotidiano.

¿Tenés algún sueño?

Tengo deseos, que sobre todo me surgen cuando veo a los chicos del MTD, a los niños. De cómo esto que decimos que tiene que ser nuevo, diferente, se vaya concretando en verdaderos espacios de libertad. Los chicos tienen muchas más posibilidades de construir espacios libres que nosotros los adultos, y mi deseo es ése, que en algún momento estos espacios sean espacios verdaderamente liberados. Me cuesta mucho que en las asambleas empiecen a salir los intereses individuales, personales, por encima del beneficio de todos, del bien común. Me sentiría muy bien el día en que eso desaparezca, pero todo es una construcción.

CAUSAS Y AZARES. DILEMAS DEL NUEVO PROTAGONISMO SOCIAL

Hace algo más de un año atrás publicamos un libro titulado *19 y 20; Apuntes para un nuevo protagonismo social*. El esfuerzo por escribir y editar aquellos apuntes en unos pocos meses -mientras la dinámica de los hechos se sucedía en las calles- dio lugar a una reflexión cuyo estilo fue determinado por la vocación de escribir al pie de los acontecimientos.

Al contrario de lo que habitualmente se da por cierto, no resulta del todo convincente aquella premisa metodológica que enuncia que las cosas se ven mejor a la distancia. Lo que la perspectiva de la distancia permite ver no debería pretender para sí superioridad alguna. Ya que si bien puede aspirar a una serenidad que habitualmente escasea entre quienes se ven afectados por el despliegue de los hechos, son estas mismas afecciones las que constituyen los posibles reales de una situación. De allí que la escritura "en caliente" aspire a registrar una complejidad que posiblemente se virtualice en el futuro cuando se atribuyan retroactivamente posibles que entonces no eran pensables.

El largo año y medio transcurrido entre las jornadas insurreccionales de diciembre del 2001 y las elecciones presidenciales de abril del 2003 merece ser pensado. Muchas preguntas se suceden: ¿cómo comprender, a la luz de la actual fase de aparente estabilización institucional, los acontecimientos de diciembre del 2001? ¿Qué es lo que sucedió con la promesa de una transformación radical del país entrevista a partir de la consigna "que se vayan todos, que no quede ni uno solo", cuando el proceso electoral nos habla a las claras de una notable participación de la ciudadanía en los comicios y cuando los cinco candidatos principales -provenientes todos de los dos grandes partidos políticos mayoritarios desde hace décadas- se distribuyen casi el 95% de los votos?

No podemos pretender para nosotros la pericia, el oficio y la dedicación de los analistas políticos. Tampoco las preocupaciones, ni el enfoque ni los supuestos que nos animan se conectan con los de dichos análisis. La palabra de los expertos obtiene su consistencia a partir de una cierta capacidad de agenciar información y disponer de un cierto uso técnico del lenguaje. Pero la política no es aquello que se sucede en el mundo de los hechos puros a la espera de la sentencia de los entendidos, sino que su incumbencia es colectiva: los "hechos" mismos se componen con las interpretaciones que de ellos se hacen, prolongando su potencia y haciendo de las lecturas mismas un nuevo campo de disputas que, a su vez, se ofrecen a la interpretación de otros.

Lo que sigue, entonces, es una lectura "en caliente": este texto fue concebido entre la primera vuelta electoral y el anuncio de la renuncia oficial de Menem, es decir, entre el 27 de abril y el 14 de mayo. El propósito es examinar los acontecimientos que trascurrieron entre diciembre del 2001 y mayo del 2003, lapso de tiempo éste que separa y comunica el estallido de una crisis económica y política sin precedentes y la emergencia de un nuevo protagonismo social (movimiento piquetero, asambleas, club del trueque, fábricas ocupadas por sus trabajadores, etc.) con la pretendida normalización cuyo punto de realización debía ser las elecciones presidenciales. La intensidad de este período -no menos que su complejidad- ha quedado obnubilada por quienes han proclamado que los resultados de las elecciones constituyen la muerte del movimiento del contrapoder y el borramiento de aquello que se abrió con las jornadas de diciembre.

I

La sorpresa

(ruptura, destitución y visibilidad)

La insurrección de diciembre nos sorprendió a todos. La misma noción de "insurrección" debió ser adecuada al carácter inédito de los acontecimientos. En efecto, la revuelta demandó durante meses de la inteligencia de todos quienes quedamos sorprendidos por su acaecer. ¿Qué venía a decir este imprevisto? Cada quien priorizó un aspecto. Según unos, la causa de todo aquello había que buscarla en una conspiración del peronismo bonaerense contra el débil gobierno de entonces. Otros creyeron ver detrás de los piolines que mueven a las marionetas, la implacable organización de ciertos revolucionarios probados.

Hubieron quienes, incluso, desdeñaron todo lo sucedido al atribuirlo a una clase media cuyos ahorros en dólares le habían sido arrebatados. Como sea, lo mas probable es que todas esas versiones sean a la vez tan verídicas como insuficientes para dar cuenta de la dinámica efectiva de lo ocurrido.

La insurrección de diciembre tuvo un carácter *destituyente*. Su abrumadora eficacia consistió -precisamente- en su poder de revocatoria. Las cacerolas y las consignas cubrieron todo el espacio urbano. La presencia hormigueante de cuerpos humanos, la ocupación de la ciudad, y la saturación de los ruidos no sólo no transmitía mensaje alguno, sino que impedía que cualquier cosa pudiera ser realmente dicha. Las condiciones de elaboración institucional de las demandas sociales fue radicalmente interrumpida.

Y cuando se pudo hablar se insistió: "Que se vayan todos, que no quede ni uno solo". La clausura del espacio y de las condiciones de comunicación con el sistema político dejó en evidencia la ruptura de las mediaciones políticas, reveló la impotencia de las instituciones partidarias y gubernamentales y abrió una interrogación (festiva y angustiante) sobre el futuro colectivo de los argentinos.

La insurrección desató así una ruptura de efectos múltiples. De un lado -y desde el comienzo- se hizo evidente que la irrupción de la multitud callejera en la ciudad alteraba de manera contundente el funcionamiento de los poderes. No sólo los poderes del estado, las fuerzas represivas, y los gobernantes se vieron afectados por la inesperada irrupción de un segmento importante de la población, sino que los efectos de tal alteración se registraron en evidentes movimientos en la economía, en las formas de habitar la ciudad, en decisiones empresariales, en la relación con los bancos, en la política de comunicación de los grandes medios, en el campo de las ciencias sociales, en la forma de conducirse de los políticos, de los militantes, de buena parte del campo artístico y cultural, etcétera.

La combinación del default, la devaluación y la crisis política convirtió al país en un territorio de nadie, donde las movilizaciones diarias cruzaban a ahorristas defraudados con piqueteros y caceroleros junto a turistas audaces que venían a conocer a precio barato los devenires de la "revolución argentina".

Otra consecuencia de la ruptura de diciembre del 2001 fue la visibilización de un conjunto heterogéneo de formas de protagonismo social que fueron surgiendo en períodos disímiles y en relación a diferentes problemáticas y que, hasta diciembre, apenas si eran conocidos, tenidos en cuenta y valorados.

La raíz de este nuevo protagonismo tiene que ver, claro, con un capitalismo periférico en crisis. Pero el nuevo protagonismo no es una mera reacción. La potencia de la actualidad argentina radica, precisamente, en la emergencia de estas subjetividades que, desde hace años, experimentan en variados ámbitos de su existencia nuevas modalidades de sociabilidad.

Aunque hoy parezca evidente, por aquellos días de diciembre el entonces pujante movimiento piquetero era prácticamente desconocido. A pesar de que su existencia se remontaba a varios años de lucha en todo el territorio del país, recién hacía pocos meses se había sabido de ellos de manera masiva a partir de sus cortes de rutas coordinados. Pero en los cortes de rutas eran maltratados, y los propios partidos de izquierda -que los despreciaron durante años- llegaron desesperadamente a construir sus propios movimientos piqueteros sólo unos pocos meses antes de la insurrección. Las iniciativas de varias organizaciones piqueteras en sus respectivos territorios -ligadas a alimentación, salud, vivienda, educación, recreación, etcétera- siguieron siendo por mucho tiempo y para una parte significativa de la población, totalmente desconocidas.

Casi tan desconocidos como los piqueteros eran los diferentes nodos, redes y circuitos del trueque, que llegaron a aglutinar a millones de personas en el momento mas duro de la crisis. Su extensión llegó, tras varios años de desarrollo, a ser tan grande que incluso se aceptó que la moneda de unas de las redes valiese como moneda de pago para impuestos municipales. La figura del *prosumidor* no había sido apreciada como la experiencia subjetiva que pretendió reunir en un mismo espacio las capacidades productivas y la satisfacción de consumidores desplazando mediaciones financieras, burocráticas y comerciales. Lo mismo puede decirse de la sucesión de empresas ocupadas por sus trabajadores (largas decenas de fábricas, talleres, imprentas, bares, etcétera) a partir del vaciamiento de sus dueños, en varias ciudades del país. Éstas sólo eran objeto de atención de la izquierda institucional cuando se creía encontrar allí el resurgir de un sujeto obrero ausente.

Todas estas experiencias -a las que podríamos sumar entre otras la de los escraches iniciados por la agrupación H.I.J.O.S. contra los genocidas impunes de la última dictadura, o las luchas que llevan adelante los mapuches en el sur argentino y la organización de iniciativas campesinas en el norte del país, como el caso del Movimiento de Campesinos de Santiago del Estero- eran mas o menos conocidas, pero permanecían en una relativa soledad. Las jornadas de diciembre provocaron una

visibilización -a la vez que una mutua relación y, en cierta forma, una generalización- entre ellas y con quienes se volcaron masivamente a participar o a conocer dichas iniciativas.

Una tercera virtud de la ruptura tuvo que ver con el surgimiento multitudinario de cientos de asambleas en los centros urbanos del país. Miles de vecinos se encontraron a elaborar -de manera conjunta- lo sucedido en diciembre a la vez que descubrieron un espacio de politización a la luz de la expansión del nuevo protagonismo social. La destitución de la institucionalidad política y de los partidos como instrumentos de gestión -o de transformación- de la realidad puso a los asambleístas frente al dilema de dilucidar nuevas modalidades de instituir la vida colectiva y la atención de necesidades inmediatas. Desde el comienzo, las asambleas -nacidas luego del 20 de diciembre- se vieron atravesadas por tensiones tales como si privilegiar el espacio del barrio, experimentando allí iniciativas ligadas al territorio, o si, por el contrario, trataban de sostener la capacidad de revocatoria política de las cacerolas, a la vez que debatían qué hacer con los partidos de la izquierda que pretendían cooptar las reuniones de vecinos para las orientaciones de sus propios aparatos.

En rigor, todas las posibilidades fueron desplegadas: hubieron quienes se dedicaron más a la coyuntura política, a todo tipo de iniciativas vinculadas al barrio, y hasta quienes quedaron atrapados en las redes de los partidos de la izquierda, además de darse diferentes combinaciones entre estas variantes. Las asambleas protagonizaron -durante el 2002- la creación de comedores populares, acciones solidarias con los cartoneros, confluencias con los movimientos piqueteros, experiencias interasamblearias, manifestaciones, escraches y, en algunos casos, realizaron una muy rica experiencia de politización para sus miembros.

Del lado de los acontecimientos que generaron la ruptura habría que señalar un largo conjunto de precedencias que operaron decisivamente en su desencadenamiento: experiencias de lucha -como las que acabamos de reseñar- cuyos orígenes pueden encontrarse en todo un cúmulo de descontentos y reclamos incumplidos; memorias superpuestas de luchas perdidas y de esperanzas frustradas; el desamparo de millones de personas por los efectos descarnados del neoliberalismo.

Pero tal vez quepa hablar de un segundo tipo de historicidad vinculada a una cierta capacidad de lectura de las transformaciones operadas en las formas de la reproducción social y en la eficacia de las mediaciones políticas que regularon de algún modo la convivencia social. De este modo, el rechazo a los políticos -por ejemplo- no sólo se emparenta con una visión corporativa o neoliberal del mundo, descreída de las acciones colectivas, sino que se alimenta de un conjunto de frustraciones derivadas de las promesas de la reapertura democrática del '83 hasta finales del 2001.

II

Fenomenología de una aparente reconstrucción

La llegada al gobierno de Eduardo Duhalde, en enero del 2002, puso en marcha el delicado proceso de reconstrucción de estatalidad luego de la ruptura de diciembre. Hasta el momento, se asistía a una patética sucesión de presidentes elegidos por la asamblea legislativa para terminar el período del presidente destituido de la Alianza, De la Rúa. La llegada de Duhalde implica, en primer lugar, un punto de detención a esa dinámica loca.

El primer objetivo del gobierno de Duhalde consiste en calmar los ánimos y en evitar mas muertes. En segundo lugar en reorganizar -en el tiempo- las condiciones del nuevo esquema de reasignación de recursos, y la restitución del vínculo con el sistema financiero.

A la declaración del default por parte del anterior gobierno de Rodríguez Saa, le sucede la devaluación del peso -es decir, la salida de la convertibilidad peso/dólar- y el desquicio inmediato de los precios, el desabastecimientos de productos, la suspensión de servicios, y la ruptura de todos los contratos pautados en dólares (deudas, depósitos, etcétera). El crecimiento de la pobreza y la indigencia se sucedió en proporciones geométricas.

Como efecto de este fin de las reglas del juego en total ausencia de un poder capaz de proponer nuevas regulaciones, el verano del 2002 fue un caos generalizado en el que, como suele suceder, los principales beneficios fueron para quienes poseen más recursos para enfrentar la situación: los bancos (compensados por el Estado por la pesificación), los grandes deudores en dólares a quienes se les pesificaron las deudas, los grandes propietarios de tierras y productores agrarios y los consorcios exportadores trasnacionalizados para quienes el dólar alto es fuente de enriquecimiento.

El panorama político se fragmentó alrededor de tres grandes bloques. De un lado, quienes promovieron abiertamente la dolarización, el ingreso al ALCA, y la utilización de las Fuerzas Armadas como instancia de control del conflicto social (siendo Menem y Lopez Murphy las caras visibles del proyecto). Del otro lado, el bloque pesificador-devaludor, en el poder a través de Duhalde (y ahora del gobierno recientemente electo de Néstor Kirchner). Finalmente, el heterogéneo bloque de las fuerzas de centro izquierda, izquierda, sindicalismo alternativo y las expresiones de lucha más consolidadas que se pronunciaron por una nueva forma de toma de decisiones políticas y de producción y distribución de la riqueza.

La llegada al gobierno de Duhalde fue posible fundamentalmente por tres razones: a- por el estallido del pacto de dominación instaurado por Carlos Menem en el que la hegemonía correspondía al núcleo de las empresas privatizadas y al sector financiero transnacional; b- por la solidez del peronismo bonaerense, cuyo nivel de penetración en los estamentos más empobrecidos de la población y su nivel de organización le permitió evitar la generalización del conflicto por medio de la distribución de unos dos millones de planes sociales de unos 50 dólares mensuales; c- porque ante el estallido de los poderes políticos este capital partidario le permitió al peronismo bonaerense imponerse con comodidad como *último garante de los restos del sistema político*.

El principal aporte del gobierno de Duhalde tuvo como mérito fundamental el hecho de subsistir al juego de presiones cruzadas y, particularmente, a la amenaza constante de las cacerolas. Al respecto cabe recordar la frase de Duhalde apenas asumió como presidente (quien, en rigor, había perdido en las elecciones presidenciales contra De la Rúa): "con asambleas no se puede gobernar".

El segundo período de la recomposición del sistema político se produjo al inicio del segundo semestre y giró alrededor de tres aspectos: a- la llegada del ministro de economía Lavagna, y su serena política de compatibilización de intereses junto a las primeras cosechas percibidas por Duhalde por ese mero hecho de "durar" que permitieron tranquilizar la subida del dólar y producir un moderado crecimiento de los sectores económicos beneficiados; b- la distribución de los planes sociales aceptaron los aparatos políticos, los cuales por medio de las redes del clientelismo lograron consolidar una cierta tranquilidad social; c- el aumento de la represión en los barrios que tuvo su punto máximo en la masacre del Puente Pueyrredón el 26 de junio del 2002.

Fue precisamente el escándalo provocado por esa masacre lo que obligó al entonces presidente Eduardo Duhalde a poner fecha de sucesión del próximo gobierno, a la vez que admitir su imposibilidad de normalizar la situación en los lapsos previstos, circunstancias éstas que explican el adelantamiento de la fechas de las elecciones.

El adelanto de las fechas influyó, entonces, sobre las tres tendencias virtuosas a partir de las que el gobierno procedía a realizar su programa de reconstrucción mínima de institucionalidad: a- la consolidación del precio del dólar, e incluso la baja, y la recuperación inevitable -incluso inercial- de una economía que no paraba de caer durante casi 4 años seguidos. Este punto fue de una enorme relevancia ya que la habilidad del gobierno en este aspecto logró obtener -como un triunfo- un acuerdo con el FMI y una sensación de progresiva salida de la crisis, a la vez que se comprometía -entre otras tantas cosas- al próximo gobierno a conseguir un descomunal superávit fiscal para el pago de la deuda externa; b- la apertura de una dinámica electoral, aún sobre los restos de los partidos políticos, y en condiciones francamente desfavorables para los candidatos, ninguno de los cuales obtenía sino un bajísimo nivel de popularidad -la Unión Cívica Radical y el Frepaso (ambos conformaban La Alianza) virtualmente han desaparecido; y el propio Duhalde impidió que el peronismo presente un sólo candidato, obligando a sus tres líneas internas a presentarse en listas separadas-. Y c- crecientes niveles de represión de las experiencias del contrapoder: de un lado, la persecución de jóvenes dirigentes piqueteros en los barrios, muchas veces en manos de grupos armados sin uniforme y la reactivación, por otro lado, del aparato judicial, que ordenó en pocos meses -antes de la primera vuelta electoral- el desalojo de fábricas ocupadas por sus trabajadores (siendo caso testigo pero no único el de las trabajadoras y trabajadores de Brukman) y de decenas de ocupaciones (algunas de ellas por parte de asambleas barriales), así como la detención de importantes dirigentes piqueteros salteños.

Los últimos meses antes de las elecciones se comenzó a percibir con preocupación que la fragmentación del sistema político podía llegar a generar un imprevisto: el retorno de Menem.

En efecto, la consigna "que se vayan todos, que no quede ni uno solo" pareció, entonces, haber quedado atorada en su propia naturaleza paradójica: dado que alguien va a quedarse, podría ser que el candidato a tal permanencia sea precisamente aquel cuya insensibilidad respecto de los procesos de rebelión social era más evidente.

La posibilidad de que Menem vuelva, sostenido en un porcentaje nada despreciable de la población -un 20% del padrón-, se tornó de pronto un factor atemorizador de una gran mayoría.

Habría que agregar que antes de las elecciones se sucedieron al menos dos circunstancias cuya estructura anticiparon la dinámica que se visibilizaría con los comicios.

En primer lugar, fue la invasión norteamericana, inglesa, polaca, española, etcétera, a Irak. De un lado, el poder militar concentrado decidió y ejecutó una guerra escandalosa no menos por sus propósitos que por sus efectos. Pero en paralelo se desencadenó un movimiento gigantesco en contra de la invasión. Ambos fenómenos pudieron convivir sin afectarse mutuamente: cada cual se desarrolló por vía paralela.

En segundo lugar, menos de una semana antes de la elección, se produjo una salvaje represión a una manifestación de unas diez mil personas concentradas en apoyo de las trabajadoras y trabajadores de la recién desalojada fábrica recuperada Brukman. A sólo días de las elecciones la represión se hizo presente en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, con un salvajismo radicalmente incompatible con cualquier consideración sobre el estado de derecho que, se suponía, se estaba reimplantando con las elecciones del 27 de abril.

Y bien, en este clima, se llega a la primera vuelta electoral. En los días previos, los medios de comunicación ganaron el espacio de la discusión pública con encuestas que daban por ganador a Carlos Menem y como posible segundo al candidato neoliberal puro -ex dirigente de la UCR- Ricardo López Murphy.

El resultado de la primera vuelta se tornó una relativa sorpresa: votó algo menos del 80% del padrón. El voto blanco y nulo no fue significativo. La lista encabezada por Menem salió primera con el 24% de los votos. Luego se ubicó la lista oficialista con el 22%. Tercero quedó López Murphy, seguido por el peronista Rodríguez Saá y, pegada a él, Elisa Carrió -también ex dirigente de la UCR pero de tendencia centrista-.

Los partidos de la izquierda tradicional, todos sumados, no llegaron al 3% de los votos.

Tras la primera vuelta electoral aparecieron claramente dos efectos: por un lado, los políticos obtuvieron un lugar en la esfera pública casi exclusivamente a través de los medios de comunicación y, por otro, las encuestas pronosticaron rápidamente que Néstor Kirchner arrasaría frente a Carlos Menem con un 70% contra un 20%.

El desempeño de Kirchner en la primera vuelta cosechó una buena parte de sus escasos votos gracias al aparato bonaerense que conduce Duhalde, de modo que sólo en la segunda vuelta el candidato oficial iba a beneficiarse con el apoyo de un electorado antimemista que en la primera vuelta repartió su voto entre los otros tres candidatos.

De las tres semanas que separaban la elección del 27 de abril de la que debía hacerse el domingo 18 de mayo, las primeras dos se caracterizaron por un masivo apoyo de dirigentes de casi todos los partidos a Kirchner. Incluso los apoyos recibidos por Menem en la primera vuelta comenzaron a emigrar hacia los pabellones del seguro próximo presidente. En este contexto Menem renunció a participar a la segunda vuelta acusando a Duhalde de organizar un fraude electoral, y a Kirchner de ser un montonero.

De ese modo, el éxito que implicó para la recomposición de una institucionalidad representativa la primera vuelta electoral, se vio interrumpida al frustrarse la segunda vuelta y no poder proclamar un gobierno electo por un gran porcentaje del electorado. El nuevo gobierno surge entonces entrampado por la persistencia de la lógica del estado-mafia, y sin poder efectivizar su capital político -o popularidad- de manera inmediata. Situación ésta que debe leerse a la luz de la reconfiguración de la totalidad del sistema político a realizarse este año a través de las elecciones del gobierno de la ciudad de Buenos Aires, de la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, de Córdoba y de legisladores nacionales.

III

Las urnas y las calles

Y bien, cómo era de esperar, han comenzado a circular las primeras estrategias de reflexión sobre la relación entre los efectos de las jornadas de diciembre del 2001 y las elecciones de abril-mayo del 2003. Se podrían reunir estos argumentos en dos grandes conjuntos de conclusiones realizadas cada una -con todos sus matices- según perspectivas opuestas.

El primer conjunto de argumentos sostiene que no hay herencia política de los sucesos de las jornadas de los días 19 y 20. La posibilidad de organizar una revolución política a partir de aquel descontento -si es que fue una posibilidad auténtica- ha sido

definitivamente agotada. Las izquierdas políticas han quedado completamente neutralizadas. No es que no haya grandes descontentos -o que no se prevean mayores-, sino que las demandas existentes no han sido organizadas por fuera del sistema político, lo que permite ahora restaurar los procedimientos propiamente institucionales para mediar en tales conflictos. No es que no haya habido una crisis profunda, ni que ésta se haya resuelto. Sino que, lógicamente, las crisis generan descontentos, y ahora se trata de atender estos asuntos hacia la normalización de la convivencia social por medio de métodos políticos. Desde este ángulo, la realización de la primera vuelta electoral posee un significado muy especial, ya que constituye un paso muy importante en la moderación de los ánimos. La segunda vuelta, aún frustrada, confirma un clima de alejamiento de los extremos. La amenaza de la antipolítica fue conjurada.

Si esta primer estrategia de reflexión es festiva, el segundo conjunto es de lamento por la oportunidad perdida: los sucesos de diciembre eran el comienzo de una revolución posible. Pero para esto, hacía falta dotar el descontento de un programa político, de una organización, de una perspectiva. Se podrá polemizar sobre la característica de estas formas organizativas o sobre la amplitud de estas perspectivas, pero no se puede negar que estas son las condiciones para elaborar una política alternativa. El error fundamental cometido por quienes participaron de la revuelta -y sobre todo por quienes participan en experiencias autónomas- sería el haberse enredado en la estructura paradójica de la consigna "que se vayan todos, que no quede ni uno solo". Se perdió de vista, de ese modo, la complejidad de la lucha política para terminar cada quien escondido en su refugio, con un discurso idealista y unas prácticas abstractamente horizontales.

Ambas lecturas se oponen en la perspectiva pero confirman una misma imagen de lo sucedido: las elecciones ocuparon el centro de la disputa política y uno de los contendientes -según parece- simplemente no se constituyó en ese escenario, abandonando el campo de batalla y firmando de ese modo su derrota. Si en el acto electoral no se hicieron presentes las fuerzas desatadas en diciembre, es que diciembre ya no existe. Abril-mayo del 2003 constituyen así la evidencia de una derrota retroactiva de aquello que pudo haber sido a partir de diciembre del 2001. La lección aparece transparente: el sistema político está en vía franca de resurrección, y las fuerzas del contrapoder han quedado enredadas en un previsible infantilismo político.

Ambas perspectivas se corresponden con una misma lectura sobre los hechos del 19 y 20 como momento fundador y oportunidad de desarrollo de una revolución política. Sólo que mientras la primera tenía esa posibilidad, la segunda la deseaba. Y ambas poseen, en llamativa coincidencia, una misma imagen de la política como un juego de dos sobre un mismo plano, con homogéneas reglas de juego: como si se tratase de una partida de ajedrez. De este modo, las cosas se presentan como un match en el cual el Sistema Político, el Poder o el Estado se la jugaba "el todo por el todo" contra el Poder Popular, la Política de la Horizontalidad o el Contrapoder. Así planteadas las cosas, la evaluación es indiscutible: las experiencias de contrapoder deberán madurar, aprender a "hacer política", comenzar el largo recorrido (como el del Lula y el PT) que las lleve, alguna vez, a ser opción auténtica de poder.

Y sin embargo, las rupturas no son sino eso: *rupturas*. Un poder destituyente no necesariamente trabaja según los requerimientos de lo instituyente. Diciembre del 2001 no fue el surgimiento de un sujeto político. De allí que tal sujeto no se haya manifestado. Fue, sí, una ruptura, y una visibilización de un nuevo protagonismo social. Pero ese protagonismo es lo que es, precisamente, porque no entiende la política como se lo hacía una década atrás. De allí que no sea prudente lamentarse de que estas fuerzas no hayan actuado como si fueran ese sujeto.

Más aún: los efectos de las jornadas 19 y 20 fueron tan radicales -y subsisten a tal punto- que las elecciones estuvieron completamente afectadas por aquellas jornadas. Pero esto no habilita de ningún modo a establecer una relación *a priori* directa entre las luchas callejeras y la elaboración de experiencias de contrapoder y el resultado de las elecciones como tal.

De hecho, las mismas personas que han participado votando a tal o cual candidato son en muchos casos las mismas que luego participan de las experiencias alternativas de contrapoder. O mejor aún: no son las mismas, ya que en el cuarto oscuro no se es el mismo que en la asamblea, o en el corte de ruta. Ambos sitios se instituyen según reglas heterogéneas: si las elecciones pretenden representar todo lo que existe y decretar, por tanto, la inexistencia de aquello que no logra capturar y medir, las experiencias de contrapoder, al contrario, existen sólo en situación, en un territorio, una espacialidad, una disposición corporal y un tiempo autodeterminados.

No decimos que no haya relación entre ambas. No podríamos nunca negar que ambos ámbitos se afecten de manera relevante. Sí decimos, sin embargo, que no hay relación *a priori* entre ellas. Se trata -en su constitución- de dinámicas heterogéneas. Trasladar la potencia de una situación a lo que sucede en las elecciones, lleva a disolverla. Y, al contrario, ordenar una situación a partir de una lectura global de las elecciones lleva a destruir los posibles de tal situación.

Ya no estamos en el juego de ajedrez. No hay una única dimensión. No existe un sólo conjunto de reglas dadas. Como dijo un amigo una vez, no se trata de las blancas contra las negras cuanto de las negras contra el tablero. Mientras las blancas mueven de una cierta manera, respetando ciertas reglas y conservando ciertos objetivos, las negras bien podrían alterar lo que se espera de ellas. Esto puede dar nacimiento a otra operatoria, crear nuevas estrategias, anular todo objetivo preestablecido y experimentar nuevos devenires. Se dirá que todo esto no es más que una fuga imposible por parte de unas piezas negras que estarían suicidándose. Pero esto no es cierto. Escapar a lo instituido no tiene por qué ser un rasgo idealista. De hecho, las negras deberán tener muy en cuenta el tablero y sobre todo los movimientos de las blancas. Pero en función -esta vez- de otro juego: el que ellas intentan jugar, ya que no es verdad que para hacer el propio juego haya que ganar primero al interior de un juego que no nos interesa.

Patear el tablero, entonces, no es desconocerlo, ni desdeñar las consecuencias. Al contrario, sólo al intentar jugar a otra cosa es que se comienza a conocer la complejidad de las relaciones de poder. De allí que pensar una "no relación a priori" no indica una ausencia mutua de afectación, sino que más bien nos muestra que tales afecciones se dan como choque de fuerzas de naturalezas diferentes. Cada una de ellas se desarrolla a priori de manera independiente de la otra (en el sentido que la dinámica de una, no depende directamente de la dinámica de la otra) y no tienen ningún tipo preconcebido de relación (causal, de correspondencia) y, a la vez, no hay por qué descartar que su evolución las lleven a ciertas confluencias, a marchar de modo paralelo o a chocar de modo directo, produciendo todo tipo de configuraciones incluso sorpresivas.

Y en este caso sucede que la dinámica política se ha fracturado. De un lado, el poder se institucionaliza, pretende normalizarse. Y para ello se encuentra en un combate atroz por lograr hacer lo que antes de la ruptura de diciembre hacía sin mayores problemas: realizar internas de los partidos, seleccionar candidatos y elegir gobiernos que asuman con cierta legitimidad a partir de una determinada acumulación de votos. Del otro lado, las fuerzas del contrapoder ganan tiempo, se organizan, discuten, se realizan acciones de las mas variadas. Como se ve: las consecuencias del 19 y 20 siguen actuando de manera permanente en todo el campo de lo social, como condición -de destitución- incluso para quienes pugnan por jugar a juegos distintos.

IV

Fenomenología del contrapoder

El contrapoder no es mucho más que el conjunto de resistencias a la hegemonía del capital. Es decir: una *multiplicidad* tal de prácticas que no es pensable en su *unidad* (como un movimiento homogéneo) y, a la vez, una *transversalidad* capaz de hacer producir resonancias -de claves e hipótesis-, entre diferentes experiencias de resistencia.

La fórmula "resistir es crear" da cuenta de la paradoja del contrapoder: de un lado, la resistencia aparece como un momento segundo, reactivo y defensivo. Sin embargo, "resistir es crear": la resistencia es lo que crea, lo que produce. La resistencia es, por tanto, primera, autoafirmativa y, sobre todo, no depende de aquello a lo que resiste.

En efecto, en Argentina ha emergido un conjunto de redes que trabajan alrededor de experiencias de salud, educación y economía alternativas, asambleas, ocupaciones de fábricas, piquetes, etcétera. Estas experiencias son heterogéneas entre sí. Estas redes tienden -y no siempre lo consiguen- a autonomizarse respecto del mando del capital en la misma medida en que éste no es capaz de incluir-integrar socialmente, sino excluyendo. Si en la base de estas resistencias está la *crisis*, no es menos cierto que las subjetividades forjadas allí han dado lugar a dinámicas que trascienden los tiempos y penetran las causas de la crisis.

Entre las características más importantes de estas resistencias se encuentran: a- la *fusión* entre reproducción vital y política; b- una mejor comprensión de las posibilidades de la relación entre instituciones (Estado) y la potencia y c- el enfrentamiento como forma de protección y no como verdad del contrapoder.

Desde que el capitalismo trabaja gestionando la vida, las resistencias son precisamente bioresistencias. No hay ámbito de la existencia en que no se constaten prácticas de resistencia y creación.

Estas redes poseen una capacidad creciente de recursos en la medida en que se desarrollan en dinámicas expansivas, ligando productores entre sí, productores con consumidores, inventando nuevas formas de intercambio sin mediaciones mafiosas, etcétera.

Si hemos utilizado en alguna oportunidad la imagen de una *sociedad paralela* para describir estas circunstancias, lo hemos hecho *a pesar de* -y no en virtud de- la

asociación que esta imagen conlleva respecto a un supuesto *aislamiento*. Las experiencias de la potencia no son *pequeños mundos aparte*, sino aquello que *produce mundo*, que logra *instituir experiencia* donde aparentemente hay pura devastación (*desierto*). Lejos de pensar en la separación, la potencia produce conexión, pero lo hace según una modalidad diferente a la de aquellos "centros" (de poder) respecto a los cuales, se nos dice, "no habría que aislarse" (el Estado, la política "seria", los partidos, etcétera). Las experiencias de resistencia son, precisamente, aquellas que inventan nuevas formas de hacerse cargo de lo público, lo *común*, mas allá de las determinaciones del mercado y del Estado. No se trata de abandonar la política -en el sentido de engendrar destinos colectivos- sino de la emergencia de otra manera de configurar tendencias e influencias en la sociedad.

Y bien, ¿qué sucedió con el movimiento de la resistencia? ¿Existe, en efecto, "un" movimiento?

Hemos visto más arriba que el poder trabaja a partir de sus propios requerimientos: subordinar la vida a la valorización del capital, conquistar territorios y oportunidades de negocios, obtener fuerza de trabajo barata, hacerse de una legalidad que le permita moverse a toda velocidad sin quedar atado a nada ni a nadie.

El capital combina el control de la potencia y la subjetividad, de la naturaleza y de lo producido por la ciencia y, en general, la cultura de los pueblos con el abandono, la exclusión, y la violencia.

Como relación social no es posible combatir la hegemonía del capital como si se tratase de algo puramente exterior, que tiene sus raíces en las casas de gobierno. En rigor, no hay otra forma de atacar al capital sin ver, a su vez, que su poder es el de la tristeza, de la impotencia, del individualismo, de la separación, de la mercancía. No hay, por tanto, otro combate contra el capitalismo que aquel que consiste en producir otras formas de sociabilidad, otras imágenes de felicidad, otra política, que ya no se separe de la vida.

Se plantea -sin embargo- un problema cuando por un lado nos damos cuenta de que no hay creación mas que en situación, pero a su vez el enfrentamiento nos lleva a salirnos de ella, a confluir con otros con quienes debemos unirnos para desarrollar la lucha.

Y, en efecto, el desarrollo de la potencia, en situación, nos conduce a fortalecer la línea del contrapoder para defender las experiencias alternativas. Sin embargo, no son dos cosas diferentes. No hace falta abandonar el terreno de la situación para desembocar en la línea del contrapoder. A la línea del contrapoder se llega por adentro.

A la vez que se desarrollan hipótesis al interior de cada experiencia, a la vez que se experimenta allí la aparición de nuevos valores, de nuevos modos de vida, se despliega la línea defensiva de las luchas.

Uno de los problemas que se plantean cuando se quiere "organizar las resistencias en un único movimiento" es precisamente el abandono de la situación para organizar la lucha. Cuando esto sucede, todo se reduce a discutir modelos organizativos (de coordinación/articulación) como si se tratase de acertar con una técnica adecuada, abandonando la relación orgánica entre las situaciones y sus requerimientos y el contrapoder como un momento interior a las situaciones mismas.

Así, la situación es desplazada. El contrapoder aparece organizado como un movimiento cuya unidad y coherencia se antepone (se impone) a las situaciones mismas "desde afuera". La capacidad de enfrentamiento aparece magnificada: todo lo demás "puede esperar". O se plantea que el "trabajo de la base" debe subordinarse a -u organizarse a partir de- "la coyuntura".

Entre el centralismo y la dispersión, sin embargo, la potencia ofrece un trayecto de composición entre las situaciones: la multiplicidad puede reaccionar sin ser organizada desde afuera.

El ejemplo de los movimientos piqueteros autónomos es muy claro: mientras que en los barrios se intenta producir de otro modo, se arman murgas, talleres con los chicos, farmacias, panaderías, y formas de autogobierno, a la vez se constituye una barrera física para la protección de todo eso que están produciendo. Se avanza en formas múltiples de coordinación, y de alianzas circunstanciales cuya prioridad es preservar la experiencia.

A la luz de esta discusión, el enfrentamiento trágico del 26 de junio puede pensarse como un punto de inflexión para el movimiento del contrapoder. Esta masacre trae los ecos de otra anterior, la de Ezeiza de junio del 73, igualmente decisiva a la hora de comprender lo que habitualmente se llama *reflujo* político: momentos en los que se desvaloriza lo que sucede al nivel de la situación por efecto de las derrotas sufridas al nivel de la coordinación (del *movimiento*). Este es el efecto buscado por el poder: medir las fuerzas del contrapoder por su capacidad de coordinación en un momento determinado; y difundir esa imagen de las relaciones de fuerza como advertencia hacia el conjunto de las experiencias.

El 26 de junio chocaron, de un lado, la lógica de la banda, de los antiguos grupos de tarea de la dictadura convocados ahora por las empresas privadas de seguridad, la lógica de la cacería y la matanza y, del otro lado, la dinámica de la protección de la columna para habilitar la retirada. Si desde el poder el choque es buscado, desde el contrapoder el choque no se produce para medir fuerzas, o avanzar por la vía de la fuerza sobre el poder, sino para afirmarse, para proteger a los compañeros, para presionar y conquistar planes -para poder sostener los talleres, etcétera-, para exigir la libertad de los compañeros presos.

Detrás de la noción de reflujo hay una expectativa frustrada de revolución política inminente. En efecto, el 19 y 20 de diciembre fue leído como la señal de que la crisis del neoliberalismo abría el curso de una revolución política. En las movilizaciones de las asambleas a Plaza de Mayo se prefiguraba la próxima asamblea constituyente. En la marcha de los piqueteros con sus rostros ocultos, se vislumbraba un ejército popular en formación. En las fábricas ocupadas, las bases rojas de un proletariado insurrecto y en los nodos del trueque -en el caso de que fueran considerados- una alternativa al funcionamiento de la economía capitalista.

Así, durante el 2002 se vivió la esperanza y la frustración: los nodos del trueque debieron sacrificar la figura del *prosumidor* para atender a millones de personas que rebasaron toda previsión e interrumpieron la reflexión que se venía gestando en aquellas redes sobre el papel de la moneda y sobre las formas de autorregulación de los nodos. Apareció la inflación, el desabastecimiento, la falsificación de la moneda, y la incapacidad de regular los flujos de créditos, de personas y de productos.

El movimiento piquetero -sobre todo en sus versiones autónomas- fue duramente atacado a la vez que debió afrontar un crecimiento acelerado de sus filas, a una velocidad tal que se le hizo muy difícil asimilar todo aquello a la dinámica productiva que se venía desarrollando.

Las asambleas, luego de atraer a miles de personas se desgastaron en luchas eternas con los partidos de izquierda.

En fin: lo que en rigor constituyen líneas de exploración, de producción situacional de formas alternativas de reproducción social, fueron invadidas por la expectativa de que tales prácticas debían presentarse como *instituciones alternativas* (simétricas) a las del mercado y el Estado. Proyectar sobre estas prácticas una voluntad de alternatividad y convertirlas en sustitutos globales de las instituciones dominantes implica desatender la calidad específica de estos devenires a la vez que interrumpir su experimentación en nombre de una lógica mayoritaria que las juzga no por lo que son -en su multiplicidad-, sino por aquello que deberían "llegar a ser".

El *reflujo*, entonces, es una categoría mistificadora. El desaliento que lo enuncia proviene de una creencia frustrada: que el nuevo protagonismo podía ser concebido como una nueva política en el escenario del poder. Claro que como política, el nuevo protagonismo -o el contrapoder- no daría lugar a una política mas, sino a una fundada en los rasgos más positivos de algunas experiencias de la resistencia tales como la horizontalidad, la autonomía y la multiplicidad. Se hacía así, de estas auténticas claves del contrapoder un conjunto de respuestas universales y abstractas -una ideología- aptas para resolver a priori los dilemas de toda situación.

No se trata ahora de reclamar optimismo, sino de revisar -si hubiera tal voluntad- este mecanismo. El *reflujo* y la desilusión -si es que existen- representan la percepción de la ocasión perdida, de la revolución política inconclusa, del fracaso de una política. Tal representación resulta aún menos apropiada si se constata la persistencia de las luchas, el surgimiento de nuevas experiencias, y el desarrollo de una indagación extendida y profunda.

Tal vez el 19 y 20 no anunciaba tanto una revolución por venir, como una ruptura. No es que no esté en juego la idea misma de revolución -a la que no hay porqué renunciar- cuanto que tal revolución ha aparecido bajo la exigencia de un nuevo concepto: la rebelión, la revuelta y la subversión de los *modos subjetivos del hacer*.

Buenos Aires, 18-5-03

Hasta siempre,

POLITIZAR LA TRISTEZA

A más de cinco años de los sucesos insurreccionales de aquel diciembre argentino del 2001, constatamos hasta qué punto fueron variando nuestras interpretaciones y estados anímicos en torno a aquel acontecimiento. La tristeza fue el sentimiento que acompañó, para muchos de nosotros, una fase de este sinuoso devenir. Este texto intenta rescatar un momento de la elaboración de “esa tristeza” con una doble intención. Por un lado: mostrar que referirse a un proceso abierto implica ir más allá de las nociones de “victoria y derrota” propias del ciclo anterior de politización, caracterizado por la toma del poder del estado como último horizonte emancipador. Por otro: compartir un procedimiento que nos permitió, en determinado momento, “volver público” lo que era un sentimiento íntimo de personas y grupos, como vía de reencuentro con nuestra apuesta al proceso histórico en curso. La difusión de este texto es un momento relevante en la construcción de esa *publicidad*.

La tristeza llegó luego del acontecimiento: a la fiesta política —de lenguajes, de imágenes, de movimientos— le siguió una dinámica reactiva, dispersiva. Y, junto con ella, lo que entonces se vivió como una disminución de las capacidades de apertura e innovación que aquel acontecimiento había puesto en juego. A la experiencia de invención social (que implica siempre también la invención del tiempo) le sucedió un momento de normalización. Se declaró el “final de fiesta” y se le puso fecha de vencimiento a la “excepcionalidad” vivida. Según Spinoza, la tristeza consiste en un estar separados respecto de nuestras potencias, respecto de lo que podemos. Entre nosotros la tristeza política tomó muchas veces la forma de impotencia y melancolía ante la creciente distancia entre aquel experimento social y la imaginación política capaz de desarrollarlo.

Polítizar la tristeza resume como consigna una intención de resistencia: reelaborar lo iluminado por aquel experimento colectivo bajo una nueva dinámica de lo público, ya que lejos de haberse retraído o interrumpido, el proceso abierto entonces subyace como dilema en los rasgos de la Argentina actual. De allí que, en este contexto y bajo esa consigna, nos reunimos —los días lunes durante varias semanas de fines del 2005— un conjunto diverso de colectivos que teníamos en común la experiencia de *transversalidad* política vivida en Argentina en los últimos años: el Grupo de Arte Callejero (GAC), la comunidad educativa Creciendo Juntos, los Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de los barrios de Solano y Guernica, el colectivo de comunicación lavaca y el Colectivo Situaciones.

La curiosidad de los compañeros de “what is to be done?” nos llevó a reencontrarnos con las transcripciones de aquellos encuentros, realizados hace más de un año atrás. De allí extrajimos, primero, una serie de mecanismos de generalización de la tristeza, en conexión con los poderes que la organizan (I. La tristeza política); y luego, las cualidades de una recomposición capaz de resistirla (II. Politizar la tristeza). Al escribir este texto narramos inevitablemente desde nuestra propia perspectiva lo entonces discutido, lo cual implica —también inevitablemente— hacerlo al calor de una dinámica que continua en marcha.

I. La tristeza política

1. Se impone la lógica de los especialistas. “Si haces política, hacé política y si te dedicás al arte, no hagas política, porque en el arte estamos quienes manejamos el lenguaje visual, la estética, y podemos decir qué es arte y qué no lo es”. El mismo tipo de frontera se impone desde las ciencias sociales y la filosofía: hay que distinguir quiénes son aptos para inventar conceptos y hacer uso legítimo de la investigación social, y quiénes se dedican a la “propaganda política”. El especialista funciona por categorizaciones que tienen el efecto de “separar” y descontextualizar lo que se produce para subsumirlo en el lenguaje cerrado de un “campo” que se pretende autónomo y específico. Así, tras una época de

“desorden”, las categorías de los especialistas llegan para restaurar y resucitar las clasificaciones que –apuestan– nunca se disuelven del todo. El especialista exige tomar distancia de la experiencia vivida, porque en ese desapego aparece su propia “capacidad crítica”. El análisis que realiza prescinde de las operaciones políticas que dieron lugar a una obra, una consigna o un movimiento. El efecto es de despolitización.

También están los expertos de la política, que organizan el desorden en un sentido opuesto: “si no tenés una estrategia definida de poder, ‘lo tuyo’ no es política, sino ‘activismo social’, asistencialismo, periodismo, contracultura, etc.”. Así, se confunde intencionalmente la hibridación que toda creación de nuevas figuras políticas supone, con una fiesta de disfraces luego de la cual los viejos poderes clasificatorios vuelven a distribuir uniformes.

Sin embargo, la hibridación supone cierta irreversibilidad: un hacer social que no acepta una inscripción subordinada dentro del juego de las nuevas gobernabilidades ni su reducción a mero objeto de estudio; una modalidad de la investigación micropolítica que resiste convertirse en doctrina; un modo de expresión callejera que hace estallar un nuevo canon *fashion*; o formas de comunicación que desisten reencauzarse hacia una renovada servidumbre en los grandes medios.

2. Repetición sin diferencia. Las claves de la productividad (expresiva y organizativa) alcanzada en un momento de efervescencia creativa (como el que conocimos en torno al 2001) habilita “fusiones” personales y grupales y mezclas de lenguajes en las que ya no importa tanto la autoría de lo que va surgiendo, como hasta qué punto las energías cuajan. Esas efectividades –aún cuando pueden revivirse una y mil veces– no resisten su repetición fuera de las situaciones en que arraiga su sentido, sin convertirse en *fórmula*. La tristeza surge con la constatación de este desarraigo, pero se perfecciona como política cuando la pura repetición se cristaliza y consagra como fórmula a la espera de aplicación. Lo que se congela en este automatismo de la fórmula es nuestra propia capacidad de temporalizar el proceso. Si crear tiempo consiste en abrir posibilidades, la tristeza política suele operar impidiendo elaborar lo vivido como posibilidad presente y futura. Lo pasado-vivo se cristaliza interrumpiendo su elaboración como memoria política. La melancolía nos paraliza bloqueando toda relación virtuosa entre lo pasado-vivido y el presente en tanto posibilidad. Lo que en su momento fue invención, se desfigura luego en molde y mandato.

3. La duración como criterio de validez. Una pregunta que recorrió los años 2001-2003 fue cómo se relacionaban los grupos y movimientos entre sí, a qué tipo de tareas conjuntas se llegaba por fusión y cuáles no permitían esa flexibilidad de conexión. En cada grupo o colectivo (artístico, político, social, etc.) surgió la interrogación por las prácticas que se desarrollaban más allá de sí mismos, en un *afuera común*. Una idea clave para habilitar esos encuentros fue la del

“tercer-grupo”: agrupamientos por tareas que indiferenciaban grupos a la vez que los asociaban en verdaderos laboratorios de imagen, palabra y organización. La tristeza, en su afán de simplificación, concluye que la finitud temporal de la experimentación alcanza para desestimar su valor, invisibilizando ese “afuera común” vislumbrado, así como los procedimientos destinados a darle forma; disipando, con ello, el sentido más profundo del proceso.

4. Desprecio por la socialización de la producción. “La obra no es patrimonio del que la produce”, “cualquiera puede producir imágenes o conceptos, afectos o formas de lucha, medios de comunicación y vías de expresión”. Estos enunciados tuvieron sentido mientras una suerte de producción colectiva impersonal logró difundir procedimientos y socializar experiencias de creación. Una lógica del “contagio” impregna en determinados momentos las formas de lucha, el plano de las imágenes y de la investigación, cuestionando el control que las empresas y sus marcas despliegan sobre el campo de los signos. La reacción normalizadora llega luego para gobernar esta expansión virósica, recodificando las significaciones circulantes y retomando el mando sobre ellas.

Asistieron a la normalización, en este nivel, diversos procedimientos:

- a. El vaciamiento de las consignas colectivas por la vía de la *literalización* (recorte violento de sus virtualidades). Por ejemplo, el “que se vayan todos”, de diciembre del 2001;
- b. La atribución de un sentido escondido, producto de la “manipulación”, como hábito de lectura de los fenómenos de creación colectiva (“detrás de cada tendencia autónoma y horizontal no hay más que una astucia de poder...” o, toda movilización “en apariencia espontánea” encuentra su “verdad oculta” en los poderes que las “digitan” desde las sombras);
- c. los prejuicios más habituales del “economicismo reactivo”, expresado en mil frases del tipo: “los piqueteros sólo quieren conseguir dinero sin trabajar”, “la clase media sólo sale a la calle si le tocan el bolsillo”, y todos los modos de reducción del juego subjetivo a la crisis financiera;
- d. la subestimación de la hibridación creativa, siempre leída como carencia de especificidad de campo, y no como condición inventiva de figuras y procedimientos;
- e. la identificación mecánica de lo “micro” con lo “chico”, juicio a priori según el cual las formas concretas de la revuelta son identificadas con un momento previo, local, excepcional y recortado respecto de una realidad “macro” (“mayor”), que debe ser administrada según las pautas que brotan de la hegemonía capitalista y sus sistemas de sobrecodificación.

5. Las máquinas de captura. El clásico dilema sobre las instituciones —¿participar o sustraerse?— fue en cierto modo superado en el momento de mayor energía social. Los recursos que los colectivos y movimientos arrancaron a las instituciones no dictaminaban el “sentido” ni de su uso ni de su funcionamiento. Por el contrario: pasaban a ser engranajes de una máquina diferente, que revestía de un sentido otro a la forma de relacionarse con esas instituciones, sin ingenuidad, verificando prácticamente cómo esa dinámica dependía de una relación de fuerzas. El surgimiento de toda esta serie de procedimientos extrainstitucionales, simultáneo al momento de mayor presencia y palabra de los movimientos en la escena pública, aspiró a una democratización radical de la relación entre dinámica creativa e institución, sentido y recursos. Las instituciones que intentaron registrar el significado de esas novedades no fueron más allá, en general, de una renovación parcial: no tanto por negar los procedimientos puestos en juego por los movimientos y colectivos, como por olvidar las implicancias reorganizadoras de la dinámica institucional que tales instancias procuraban; no tanto por intentar donar un sentido contrario a las aspiraciones de los movimientos, como por la subestimación del plano mismo de los movimientos como lugar en el que se plantean problemas relativos a la producción de sentido.

6. La autonomía como corset. Hasta cierto momento la autonomía fue un cuasi equivalente de transversalidad entre colectivos, movimientos y personas. Esa resonancia positiva funcionaba como superficie de desarrollo de un diálogo instituyente por fuera del consenso del capital y los “amos” alternativos de los aparatos partidarios. Pero la autonomía, una vez convertida en *doctrina*, se insensibiliza respecto de la transversalidad de la que se nutre y a la que debe su potencia real. Cuando la autonomía se transforma en una moral y/o en una línea política restringida, se ahoga en una particularidad estrecha y pierde su condición de apertura e innovación. Para los grupos y movimientos autónomos la tristeza aparece como amenaza de cooptación o abandono de la búsqueda. También como culpabilización por lo que no hicieron, por lo que “no fueron capaces”, o justamente por ese devenir paradójico de la normalización, que trae como consecuencia un cierto modo de resentimiento.

7. La vedetización abrupta. La performance de masas que supuso el estallido del contrapoder en Argentina de fines del 2001 vino acompañada de un violento cambio de mapa respecto de quiénes eran los actores relevantes, pero también de los parámetros para comprender y tratar con este nuevo protagonismo social. La espectacularización (tal vez inevitable) espectaculariza: instituye vedettes y establece voces reconocidas. La relación consumista con las zonas “calientes” de conflicto condujo a un brutal cambio de clima, en el que los colectivos y movimientos pasaron de ser observados, aplaudidos, acompañados y señalados, a ser repentinamente ignorados e incluso despreciados, lo que se suele vivir con una mezcla de soledad extrema, decepción y culpabilidad.

II. Politizar la tristeza

Politizar la tristeza no quiere decir, como podría interpretarse, pensar y hablar “de” ella, sino partir de su realidad: “en” y “contra” ella. Una política “en” la tristeza no puede ser concebida como una política triste. Justo lo contrario de una

política falsamente festiva, en realidad sórdida, y esencialmente melancólica, la politización de la tristeza busca enfrentar la tristeza con la alegría de la politización: un ejercicio de reapropiación y reinterpretación de lo hecho hasta aquí como proceso y no como mera facticidad que se nos impone. El contenido de esta búsqueda puede ser expuesto en algunos puntos:

1. Una nueva intimidad capaz de sostener una re-combinación entre acción más espontánea e inmediata y proyectos que requieren de un mayor sostén en el tiempo y que demandan un cotidiano más cuidadoso, en el cual sea posible escuchar y ser escuchado incluso cuando las coincidencias de percepción resultan más oscilantes. Se trata de conquistar una mayor soberanía sobre dimensiones de la vida diaria y colectiva capaz de elaborar, en la tranquilidad, una renovación de la coordinación entre niveles temporales y existenciales.

2. Elaborar el acontecimiento a la luz de la memoria como potencia. Lo pasado cargado de potencia es un terreno abierto a las interpretaciones más diversas. No se trata de abanderarse en él, y quedar a la expectativa de una repetición literal, sino de elaborarlo como fuente de inspiración y saberes en la búsqueda constante de nuevas aperturas. El proceso no finaliza en derrotas y victorias, pero nosotros sí podemos quedar congelados y apartados de su dinámica. Aprender a desarmar las formas y fórmulas, antaño exitosas, no puede significar un fenómeno del orden del arrepentimiento o de la simulación. Al contrario, “soltar” la forma de la que nos agarramos en la melancolía sólo puede resultar saludable al interior de una renovación de la apuesta al proceso que exige despertar la sensibilidad y la intuición de posibilidades. Soltar una forma sólo puede querer decir, entonces, recuperarlas todas como posibilidades; armarse de una auténtica memoria política.

3. Sin victimismos. Afrontar la tristeza permite formulaciones que la vieja “derrota” obturaba: si la derrota nos quitaba de juego por un largo período (el del “triumfo de los otros”, los capitalistas y los represores), la tristeza —más humilde— sólo señala nuestra desconexión momentánea en un proceso dinámico, que no tiene por qué ser pensado como fase larga (de estabilización) periódicamente interrumpida (por las crisis de dominación), sino más bien como proceso continuo, permanentemente atravesado y atravesable por la lucha política. ¡Claro que el poder entristece! Pero, por eso mismo, la política en proceso desobedece, se reintegra en la propia potencia (por mínima que sea). Si la tristeza es ante todo interrupción del proceso, no cabe entonces el victimismo, que es un modo de acomodarse en ella. La tristeza no es sólo política del poder, sino —y sobre todo— la circunstancia en que las políticas del poder adquieren poder.

4. Potencia de la abstención. Si la potencia del hacer se verifica en la soberanía democrática que logramos actualizar en ella, la prudencia de la politización de la tristeza tal vez pueda comprenderse como un “abstenerse” en el que la quietud y aparente pasividad conservan radicalmente su contenido activo, subjetivo. Un “preferiría-no-hacerlo” que no se identifica con un mero abandono a las fuerzas retrógradas que se ciernen sobre el mundo, sino —al contrario— como modo de la prudencia que consiste en no renunciar a darse tiempos, palabras y formas propias. Una disponibilidad contra todo pronóstico y “a pesar de todo”. No un dejarse estar, sino todo lo contrario: una aparente inmutabilidad que nos evita ser arrastrados o simplemente conquistados, y que requiere por tanto de un pensamiento atento y ágil.

5. Nuevos espacios públicos. La existencia pública se instituye inevitablemente en el modo en que aparecemos, y un aparecer que interroga es un aparecer radicalmente político. E incluso allí, en las apariciones, cabe distinguir entre preguntas presuntuosas, y aquellas otras que buscan realmente comprender las dinámicas de los procesos. La institución de espacios públicos donde aparezcamos con nuestras verdaderas preguntas, dispuestos a escuchar el contenido de las situaciones, no requiere de condiciones excepcionales, pero sí de una institución no estatal de lo colectivo. Se trata, en todos los casos, de lo que las Mujeres Creando llaman “políticas concretas”, en cuyas dinámicas hemos podido recontrarnos durante el último año. Elaborar lo público no estatal e investigar las formas de su institución son modos concretos de no quedar atrapados en la distribución de lugares que la normalización pretende imponer.

6. La reelaboración de lo colectivo. Lo colectivo como premisa y no como sentido o punto de llegada: es decir, no tanto como subsistencia de una forma de intervención determinada y adecuada a un período, sino también como ese “resto” que surge de un esfuerzo de escucha y traducción renovadas. No sólo como coordinación de actividades y consignas, sino también como condición cuidada para el despliegue de una nueva percepción, sin esquemas a priori sobre las formas mismas del agrupamiento. Lo colectivo como nivel de la producción política, como desarrollo de la cooperación, y a la vez como mutuo acompañarse en la experiencia. Tampoco se trata de fórmulas de grupo, sino de elaborar claves y preguntas, intervenir sobre las situaciones para reelaborar, en fin, lo colectivo mismo. Lo colectivo-comunitario es siempre un desafío de apertura respecto del mundo. No meramente un mirar al “exterior”, en los términos de la topología clásica dentro-afuera, que distinguiría un “adentro comunitario” y un “afuera exterior”, sino más bien lo colectivo como complicidad en la aventura de convertirse en una interfase situacional en el mundo. Los colectivos, no tanto como grupos

de agitación (o en su opuesto, de autoayuda) sino como instancias vivas de elaboración. No tanto un activismo del moverse, cuanto una nueva eficacia en la participación, con tonos variados y variables, del proceso.

III. Pensar la transformación del momento y el “reconocimiento”

Para terminar, una hipótesis: la dinámica en curso da lugar a lo que podríamos llamar una “nueva gobernabilidad” (nuevos mecanismos de legitimidad de las élites, pero también innovaciones en los modos de concebir la relación entre gobierno y movimientos; entre política internacional y política “interna”; nueva orientación de integración regional y multilateralismo global). Prolongar la tristeza redundaría en un aislamiento respecto de esta nueva fase del proceso.

En tanto “traducción” del acontecimiento, la “nueva gobernabilidad” distribuye reconocimientos a las dinámicas instituyentes y abre espacios de juego inimaginados en la fase anterior del neoliberalismo puro y duro. Sin embargo, este reconocimiento se da de un modo formal y limitado; a veces, incluso, sólo como astucia táctica para prolongar viejas estructuras y concepciones. La ambivalencia de la situación actual se expresa en que de manera simultánea existe un reconocimiento de las dinámicas colectivas instituyentes y un esfuerzo por controlarlas y redireccionarlas. No hay lugar para el sentimiento de “éxito” por lo primero, ni de “fracaso” por lo segundo. Con la deriva que va de la tristeza política a la politización de la tristeza intentamos inventar modos de asumir los dilemas que se nos abren ante el riesgo siempre presente de perdernos en los binarismos fijos, y por tanto ilusorios, que se nos aparecen como victoria-derrota, éxito-fracaso. Paolo Virno resumió lo que se abre ahora ante nosotros: en el más allá de la oscilación viciada entre cooptación y marginalización se juega la posibilidad de una “nueva madurez”.

Colectivo Situaciones

Buenos Aires, 13 de febrero de 2007